

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX

San José, Costa Rica

1934

Sábado 20 de Octubre

Núm. 15

Año XVI. No. 703

SUMARIO

Homenaje a Pasteur en el cincuentenario de la primera inoculación antirrábica.....
Rasgos ejemplares de Pasteur.....
Hablo con los estudiantes.....
Angel del Campo ("Micrós" y "Tick-Tack").....
La reconquista de Hudson.....

Horacio Abascal
Gaston Laurent
Juan del Camino
Jorge Useja
Enrique Espinoza

La Exposición de Artes plásticas.....
Discurso fúnebre.....
En la saca.....
Romance en flor de provincia.....
La copa estrecha.....
Mentiras de víboras.....

Max Jiménez
Roberto G. Ingersoll
Carlos M. Salazar H.
Emilio Cisneros Canto
Jorge Zalamea
Angel Cabrera

Homenaje a Pasteur

en el cincuentenario de la primera inoculación antirrábica

Por HORACIO ABASCAL

= Del excelente bimensuario *Universidad de la Habana*, Cuba. Julio-Agosto de 1934 =

Es de todos conocido que la Academia de Ciencias ha acordado rendirle un caluroso homenaje a Pasteur, celebrando solemnemente el "Cincuentenario de la primera inyección antirrábica". No vamos a hacer en estos instantes un panegírico del inmortal bacteriólogo. Ni el momento es oportuno, ni contamos con fuerzas suficientes para ello; pues es excesivamente grande su figura para nuestras dotes demasiado exiguas.

Ha escrito uno de sus biógrafos: "De todos los títulos que Pasteur obtuvo durante su gloriosa vida, le queda uno que vale por todos y que asegura la inmortalidad a su memoria; este título es el de "Bienhechor de la Humanidad". Y "siendo un deber de todos los que cultivamos las ciencias médicas procurar que se conserve con fervor el recuerdo de los magnos descubrimientos científicos", máxime en los momentos de angustia espiritual en que vivimos, no dudamos en sugerirle a la Academia de Ciencias que tomara la iniciativa de conmemorar el "Cincuentenario de la primera inyección de la vacuna antirrábica".

Porque, como dijimos en nuestra comunicación del 27 de enero del presente año: "Desde los trabajos sobre la generación espontánea, hasta las investigaciones verificadas en los gusanos de seda, del cólera de las gallinas a la fermentación de la cerveza, la obra de Pasteur es de tal solidez y tal utilidad práctica, que es imposible saber en cuál sector ha prestado más beneficios a la humanidad. Pero, a pesar de estar el mundo acostumbrado a lo nuevo y profundo de sus investigaciones, un día, desde las más elevadas personalidades ecadémicas hasta las más humildes capas sociales, el Universo entero vibró emocionado y expectante: Acababa de realizar Grancher la primera inoculación de la vacuna antirrábica en el joven José Meister. El Maestro mismo había cargado la jeringuilla de Pravaz para que el discípulo predilecto practicara la inyección, porque, de acuerdo con sus convicciones, la Ley prohibía hacerlo



Luis Pasteur

Según el cuadro de Ivan Thiele

personalmente. Aquel día memorable era el 6 de julio de 1885".

Desde 1880 Pasteur había comenzado sus investigaciones acerca de la rabia, el fatídico mal que arrasaba año tras año con millares de vidas inocentes. Se había demostrado que el virus se encontraba en la saliva del animal rabioso, puesto que con ella inoculaba la enfermedad.

Una mañana, 10 de diciembre de 1880, Lannelongue avisaba a Pasteur que en el Hospital Trousseau había un niño que moría víctima de la rabia. Cuatro horas más tarde, Pasteur tomó un poco de saliva del cadáver del infortunado muchacho y desliéndola en agua la inyectó a varios conejos, los cuales murieron a las treinta y seis horas. La saliva de aquellos conejos inyectada a otros, les produjo también la muerte rá-

pidamente. Se creyó que aquellos animales habían muerto de rabia. Pero el sagaz investigador se limitó a extraer sangre de las víctimas y analizándola al microscopio, encontró un microbio en ella, que no debía ser el de la rabia, pues mataba con una rapidez que la enfermedad físicamente no sigue en su evolución.

Mas una buena tarde pudo conseguir baba de perro rabioso. Las inoculaciones con ella no eran seguras y el proceso de incubación sumamente lento. La sangre del animal no confería la rabia; y entonces pensó Pasteur, si la enfermedad radicaría en los centros nerviosos. En esos días llegó una noticia que era para desanimar a cualquier otro que no tuviera la constancia y la tenacidad de aquel hombre de acero. El profesor Galtier, de la Escuela de Veterinaria de Lyon, comunicaba a la Academia de Medicina, que si bien había encontrado el virus en las glándulas salivares y en la mucosa buco-faríngea del perro rabioso, no había logrado inocular la rabia con el cerebelo ni con la médula de dicho animal.

Pasteur perseveró, seguro de su inspiración, e hizo inoculaciones en el cerebro mismo del perro; inyectando algunas gotas de emulsión rábica debajo de la duramadre, en contacto inmediato con la superficie cerebral. A los catorce días el perro rabió. Había encontrado, pues, el medio rápido y seguro de conferir la enfermedad.

Aplicando un principio bacteriológico, pensó que si pasaba el virus de un animal a otro, se exaltaría su virulencia y en ese caso el período de incubación sería más breve. La prueba le resultó positiva, e inoculando de conejo a conejo, llegó a ocasionar la rabia en siete días; demostrando que se trataba de un germen vivo, de un microbio; pues su modo de invasión era el mismo que el de los microbios patógenos descubiertos hasta el día. La primera conquista estaba realizada.

Pasteur pensó entonces que podía

preparar una vacuna, disminuyendo la virulencia del microbio, exactamente como había procedido respecto al Carbunco; pudiendo crear un estado refractario en los animales sometidos a la experiencia. Tras detenidos estudios logró comprobar que a medida que la médula rábica de conejo se desecaba, perdía su virulencia; y ésta desaparecería totalmente al cabo de catorce días. Comenzando por esta última inocular varios perros, y diariamente las inyecciones fueron hechas con médulas cada vez más frescas hasta llegar a la de un conejo muerto la víspera. Los animales no presentaron ni un síntoma de rabia. Y entonces, Pasteur los sometió a la contraprueba. Hizo encerrar perros rabiosos con los animales inoculados, y a pesar de las mordeduras, no contrajeron la enfermedad los que habían recibido las inyecciones.

Los resultados no podían ser más satisfactorios. En 1884 el Gobierno designó una Comisión integrada por Becclard, decano de la facultad de Medicina y los Académicos Paul Bert, Bouley, Villemin y Vulpian, acompañados de Tisserand, Director del Ministerio de Agricultura. En la Escuela de Alfort se realizaron las comprobaciones; y después se continuaron las experiencias en Saint Cloud. Pasteur marchó a Dinamarca para asistir al Congreso Médico Internacional que se celebraba en Copenhague. Cuando se leyó su comunicación sobre la rabia, los congresistas, de pie, aclamaron al genial bacteriólogo francés.

A su regreso a París, el Maestro continuó laborando. Quedaba por cubrir aún la etapa final. ¿Se podría hacer el ensayo de la vacuna en la especie humana? Esta era la pregunta que a diario se formulaba, la idea que tenía constante en su cerebro. Pero era tal la delicadeza de su sentimentalismo, la sutileza de su conciencia, el criterio que tenía de su responsabilidad, que una duda interna lo embargaba ante el temor de poner en peligro la vida de una persona.

Una mañana, el 6 de julio de 1885, una mujer desesperada, oprimida por la angustia y el dolor, se presentó en el Laboratorio de la calle Ulm. Llevaba de la mano a un alsaciano de nueve años que había sido mordido la antevíspera por un perro rabioso. Era su hijo que estaba sentenciado a morir, víctima de la terrible enfermedad. Ahogada por el llanto contó la madre cómo su pequeño José había sido atacado por el perro del especiero Teodoro Vone, en el camino de la Escuela de Meissengot. Doce horas después del accidente, es decir, a las ocho de la noche del 4 de julio, las heridas fueron cauterizadas con ácido fénico por el doctor Weber, de Villé, quien, ante la gravedad del caso, aconsejó a Mme. Meister que marchara rápidamente hacia París y lo llevase a casa de uno que no era médico, pero sabía lo que había que hacer en esos casos mejor que un médico.

La madre ansiosa pidió a Pasteur que le salvara el hijo. El Maestro du-

daba; tenía sus escrúpulos. El caso era sumamente grave. Los enemigos arteros y envidiosos esperaban la oportunidad en que fracasara. El lo sabía. Pero no quería perder la ocasión de salvar aquella infeliz criatura.

Esa tarde, precisamente, se celebraba la sesión reglamentaria en la Academia de Ciencias. Allí se encontró con dos hombres que le merecían entera confianza por su sapiencia y su amistad: el profesor Vulpian y su estimado discípulo el doctor Grancher, quienes fueron inmediatamente a visitar al pequeño alsaciano y comprobaron la gravedad del caso. La muerte del niño parecía inevitable; y luego de conocer por boca del mismo Pasteur los nuevos resultados que había obtenido en el estudio de la rabia después de la lectura del trabajo que el año anterior había hecho en Copenhague, animaron decididamente al Maestro para que no dudara un solo instante y se decidiera a experimentar en aquel pequeñuelo la vacuna, que tan excelentes resultados había dado en los perros de Saint Cloud.

Y ese mismo día, 8 de la noche del 6 de julio, setenta horas más tarde de las mordidas del día 4, en presencia de los doctores Vulpian y Grancher, Pasteur tomó la médula de conejo muerto rábico el 21 de junio y después conservada en un frasco al aire seco y entregó una media jeringuilla de Pravaz a su querido ayudante, quien realizó en un pliegue de la piel del hipocóndrio derecho del niño José Meister, la primera inyección de la vacuna antirrábica. En los días siguientes nuevas inoculaciones fueron hechas: a 13 llegaron el número de ellas, a 10 el número de días de tratamiento.

El pequeño escolar de Meissengot había salvado la vida; la madre había conservado al hijo idolatrado; la Medi-

cina había ganado una batalla decisiva; la humanidad había logrado una de sus mayores conquistas, la evitación segura de la mortífera rabia. Y Pasteur, si no hubiese tenido bastante para entrar en la inmortalidad por su labor anterior en el campo de la Ciencia, al ver los resultados positivos de su vacuna en el hombre, pudo haber exclamado, como Horacio al terminar la colección de sus libros, "Egige monumentum aere perennius". En efecto, había terminado un monumento más duradero que el bronce!

Los éxitos se sucedieron. Pero era tanta la saña de sus enemigos que, cuando en noviembre de 1885 murió Luisa Pelletier, una niña de diez años mordida por un perro en la montaña, caso desesperado en el cual la rabia estaba en vísperas de producirse, no se limitaron solamente a proclamar el fracaso, sino que llegaron a insinuar que la muerte de la niña había sido producida no por las mordeduras sino por la inyección de la vacuna. "Pasteur es más que un charlatán, es un asesino", decían. "No cura la rabia, sino que la causa".

Los ataques se acentuaron durante el año 1886 y parte del 1887; y a pesar de las enérgicas y generosas defensas de Roux, Grancher, Brouardel, Villemin, Charcot, Dujardin-Beaumetz y Chantemesse, fué necesario el informe de la Comisión de sabios ingleses que durante catorce meses habían comprobado el procedimiento y que clara y terminantemente manifestaron, que se podía considerar como cierto que Pasteur había descubierto un método preventivo de la rabia comparable al de la vacuna contra la viruela.

Y sin embargo, el padre de la pequeña Luisa, escribía: "Entre los grandes hombres cuya vida he podido conocer, ninguno me parece más grande. No veo entre ellos ni uno solo, como en el caso de nuestra querida hija, capaz de sacrificar largos años de trabajo, de poner en peligro una reputación universal de sabio y marchar a sabiendas a un fracaso doloroso, sólo por humanidad".

Así era aquel genio bienhechor que consagró su existencia en provecho de sus semejantes: aquel incansable luchador que dedicó sin descanso sus noches al estudio y sus días al trabajo; aquel modesto investigador que llevara como lábaro invencible en la marcha cotidiana hacia la brega, el beneficio que al mundo doliente pudiera reportar; aquel hombre sencillo que exclamara en medio de su apoteosis: "No he hecho nada que valga una manifestación de esta importancia". ; Ejemplo sin igual de llaneza y naturalidad!

Para terminar, señores, debemos decir que el día 10 del presente mes quedó constituida la Comisión Organizadora del "Cincuentenario de la primera inyección de la vacuna antirrábica", en la forma siguiente: Presidente, doctor José A. Presno; Vice-Presidente, doctor Antonio Díaz Albertini; Secretario General, doctor Horacio Abascal; Secretario adjunto, doctor Eduardo Gómez Echaso; Tesorero, doctor Julio Ortiz Ca-

Vuele con todo confort
y seguridad en los
lujosos aviones de

Aerovías Nacionales

(Empresa Román Macaya)

Servicio aéreo de pasajeros,
encomiendas, carga y correo
a todos los lugares de la
república.

Viajes expresos

Oficina: Contiguo a Koberg

TELEFONOS:

Oficina 4021 - Hangar 4023

Apartado 793

Aviones "Curtis" - Motores "Wright"

no; Vice-Tesorero, Ing. Enrique J. Montouliou; y Miembros de la Comisión, Dr. Raimundo de Castro, Dr. Ricardo Gómez Murillo, doctor Carlos de la Torre, doctor Andrés G. Weber, doctor Angel Vieta, doctor Angel Arturo Aballí, doctor Luis Ortega, doctor Octavio Montoro, doctor Ernesto R. de Aragón, doctor José M. Martínez Cañas, doctor Federico Grande Rossi, doctor José A. López del Valle, doctor Domingo Ramos, doctor Reinaldo Márquez, doctor José A. Barnet, doctor Roberto de la Torre, señor Andrés A. de Terry, señor Miguel Santiago Valencia, doctor Antonio M. Eligio de la Puente, doctor Luciano R. Martínez y doctor Luis R. Fernández, Delegado en París: doctor Francisco Domínguez Roldán.

La Comisión acordó, entre otras cosas, levantar un busto a Pasteur en uno de nuestros parques públicos y pedir a las autoridades que lo denominen oficialmente con el nombre del Maestro y celebrar en la Academia de Ciencias una sesión solemne en recuerdo del genial hemiplejo, que estando en el pináculo de la gloria no dudó un sólo momento en jugarse su reputación y sosiego, ante el cuadro de la humanidad entera afligida por el tétrico fantasma de la rabia.

Todo homenaje al creador de la Bacteriología es pequeño en comparación a la magnitud de su obra. El gran Lister que fué a París expresamente para abrazar al Maestro, al proclamar que Pasteur había levantado el velo que cubrió durante centurias las enfermedades infecciosas y que había descubierto y demostrado su naturaleza microbiana, afirmó emocionado que: "En verdad no existe en el mundo entero individuo alguno a quien deban más las Ciencias Médicas". Con razón ha dicho Darremberg, profesor de Historia de la Medicina del Colegio de Francia, que: "Si el siglo xvii es el siglo de Harvey y el siglo xviii es el siglo de Lavoisier, el siglo xix es el siglo de Pasteur".

Asociémonos todos al grandioso homenaje que ha iniciado la Academia de Ciencias para celebrar solemnemente el cincuentenario de la primera inoculación antirrábica; y cooperemos cada uno, a medida de nuestras fuerzas, a recordar la memoria imperecedera de aquel sabio immaculado, humilde y sublime, genial y filántropo, a quien pudiera aplicarse como a ninguno los versos clásicos de Ludovico Ariosto:

Una chiara eloquenza che deriva
Da un fonte di saper; una onestada
Di cortesi atti, e leggiandra non schiva.

27 de abril de 1934.

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: Pasaje Dent - TELEFONO 3090

Casa de Habitación TEL. 2208

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable
ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

Rasgos ejemplares de Pasteur

= Sacados del precioso libro *Les grands écrivains scientifiques*. Por GASTON LAURENT.—Librairie Armand Colin. París. 1906. Trad. de Carmen Lyra =

En 1849, al pedir la mano de la Srta. María Laurent, hija del Rector de la Universidad de Estrasburgo, donde Pasteur era entonces profesor suplente de Química en la Facultad de Ciencias:

Mi padre es curtidor en Arbois, una poblacioncita del Jura. Mis hermanas reemplazan junto a mi padre —en lo que se refiere a los oficios domésticos y en el comercio— a mi madre, a quien hemos tenido la desgracia de perder en el mes de mayo último.

Mi familia tiene una posición desahogada, pero sin fortuna. No valúo en más de cincuenta mil francos lo que poseemos; en cuanto a mí, estoy decidido desde hace tiempo a dejar íntegro a mis hermanas todo lo que me tocará como herencia. No tengo bienes, por lo tanto. Todo lo que poseo es una buena salud, un buen corazón y mi posición en la Universidad...

En 1865, en Alais, Pasteur estudiaba la **pebrina**, enfermedad de los gusanos de seda. Lo llamaron entonces de Arbois, porque su padre, de 74 años, se moría. Por la noche, en Arbois, en la curtiembre de su padre, escribió esta carta a su esposa:

El pobre abuelo no existe ya y lo hemos llevado esta mañana a su última morada... Hasta el postrer instante, esperé volver a verlo, besarlo por última vez, darle el consuelo de estrechar entre sus brazos a su hijo que tanto amara; pero al llegar a la estación, noté a los primos enlutados que venían de Salins. Sólo entonces comprendí que no me quedaba más que acompañarlo al cementerio... El día entero he repasado en mi memoria todas las muestras de afecto de mi pobre padre. Desde hace treinta años he sido su constante preocupación. Le debo todo. Joven, me ha alejado de las malas relaciones y me ha dado el hábito del trabajo y el ejemplo de la vida más leal y mejor cumplida. Este hombre estaba —por la distinción del espíritu y del carácter— muy por encima de su posición, a juzgar las cosas como se hacen en el mundo. No se engañaba en eso: bien sabía que es el hombre quien honra su posición y no la posición la que honra al hombre. Tú no le has conocido, mi querida María, en la época en que mi madre y él trabajaban tan duramente para sus queridos hijos que tanto amaban, para mí sobre todo, a quien los libros, los meses del colegio, la pensión en Besancon costaban tan caro. Veo aún a mi pobre padre en los ratos que le dejaba desocupado el trabajo manual, leyendo mucho, instru-

yéndose sin cesar, otras veces dibujando o esculpiendo en madera.

No hace mucho todavía, me mostraba un dibujo mío en el cual ha hecho una cruz. Es lo único bueno en este dibujo. Tenía la pasión del saber y del estudio. Lo he visto estudiando en las gramáticas, pluma en mano, comparándolas, comentándolas, con el fin de aprender a los cuarenta y cincuenta años lo que le habían rehusado los infortunios de los primeros años. Pero los libros que amaba y buscaba sobre todo, eran los que le traían a la memoria los hechos de la gran época imperial, a la que había servido oportunamente en el campo de batalla y la que había renovado la sociedad.

Y lo que hay de más conmovedor en sus afectos por mí, es que nunca ha estado mezclado con la ambición. ¿Te acuerdas que decía él que me habría visto con gusto dirigir el colegio de Arbois? Es que tras mi posible adelanto veía el trabajo que me procuraría y tras este trabajo, mi salud que podría resentirse. Y sin embargo, tal como era, tal como lo veo hoy mejor que antes, algunos de los éxitos de mi carrera científica han debido enorgullecerle vivamente, colmándolo de alegría. Se trataba de su hijo, de su nombre. Era el niño a quien él había guiado y aconsejado. Ah! pobre padre mío! Soy muy dichoso al pensar que he podido ofrecerte algunas satisfacciones. A menudo hablaremos del abuelo de Arbois...

El discurso de 1883, en Dole, al cumplirse el acuerdo municipal que ordenaba colocar una placa conmemorativa en la casa en que nació Pasteur:

Señores, estoy profundamente conmovido con el honor que me hace la ciudad de Dole; mas permitidme, al expresar mi reconocimiento, rebelarme contra este exceso de gloria. Al acordarme un homenaje que no se hace sino a los muertos ilustres, usurpáis muy pronto el juicio de la posteridad!

¿Rectificará ella vuestra decisión y no habrais debido, señor Alcalde, prevenir pru-

ABOGACIA Y NOTARIADO

CARLOS DIAZ BARQUERO

AURELIO AMADOR SANCHEZ

FERNANDO MORA SALAS

Apartado 255

Teléfono 3216

San José, Costa Rica

dentemente al Consejo Municipal que no tomara una resolución tan prematura?

Pero después de haber protestado, señores, contra las ruidosas muestras de una admiración que no merezco, permitidme decir que estoy conmovido y emocionado hasta el fondo de mi alma. Vuestra simpatía ha reunido en esta placa conmemorativa las dos grandes cosas que han hecho a la vez la pasión y el encanto de mi vida: el amor a la ciencia y el culto al hogar paterno.

Oh! mi padre y mi madre! Oh mis amados desaparecidos, que tan modestamente habéis habitado en esta casita, es a vosotros a quienes lo debo todo! Me has contagiado con tus entusiasmos, mi valerosa madre! Si yo he asociado siempre la grandeza de la ciencia a la grandeza de la patria, es porque estaba impregnado de los sentimientos que me habíais inspirado. Y tú, mi querido padre, cuya vida fué tan ruda como tu rudo oficio, me has mostrado lo que puede hacer la paciencia en los largos esfuerzos. Es a ti a quien debo la tenacidad en el trabajo cotidiano. No sólo poseíais las cualidades perseverantes que hacen las vidas útiles, sino que admirabais también los grandes hombres y las grandes cosas. Mirar hacia arriba, aprender más, tratar siempre de elevarse, he aquí lo que me has enseñado. Todavía te miro, después de tu día laborioso, leyendo por la noche algún relato de batalla en uno de esos libros de historia contemporánea que te recordaban la época gloriosa de que habías sido testigo. Al enseñarme a leer, cuidabas de hacerme ver la grandeza de Francia.

Sed benditos el uno y la otra, mis queridos padres, por lo que habéis sido y permitidme ofreceros el homenaje hecho hoy a esta casa.

Señores, os doy las gracias por haberme permitido decir en voz alta lo que pienso desde hace sesenta años. Os doy las gracias por esta fiesta y por vuestra acogida y doy las gracias a la ciudad de Dole, que no pierde de vista a ninguno de sus hijos y que me ha reservado un recuerdo semejante!

La admiración cordial de Pasteur por la juventud, se siente en su discurso a los estudiantes de la Universidad de Edimburgo. Sesenta años tenía Pasteur cuando las dijo:

De lo que recuerdo de mi vida de hombre, no creo haberme acercado nunca a un estudiante sin decirle: Trabaja y persevera; el trabajo es verdaderamente una diversión y sólo él aprovecha al hombre, al ciudadano y a la patria. Con mucha mayor razón mantendré ante vosotros esta expresión. El alma común —por decirlo así— de un conjunto de gentes jóvenes, está formada toda de los sentimientos más generosos, porque está más cercana de la chispa divina que anima a todo hombre a su entrada en el mundo. La prueba de esta afirmación acabáis de dármela. Al veros aplaudir como acabáis de hacerlo, a hombres que se llaman Lesseps, Helmholtz, Virchow, me he sentido conmovido hasta el fondo de mi alma. Vuestra lengua ha tomado de la nuestra la bella palabra entusiasmo. Los griegos nos la legaron: *én théos*, un dios interior. Fué bajo la impresión de un sentimiento casi divino como hace un momento aclamásteis a estos hombres superiores. Uno de nuestros escritores, el que mejor ha dado a conocer en Francia y en Europa la filosofía de Reid y Dugald-Stewart, decía al dirigirse a la juventud en el prólogo de la mejor de sus obras:

“Sea lá que fuere la carrera que emprendáis, proponed un fin elevado. Tened el culto de los grandes hombres y de las grandes cosas”.

¡Las grandes cosas! Tenéis un ejemplo de

ello a la vista. ¿Este centenario no quedará como uno de los recuerdos más gloriosos de Escocia? ¡Los grandes hombres! ¿En qué país, en verdad, es su memoria más honrada que en vuestra patria?

Pero si el trabajo debe ser el fondo de vuestra vida, si el culto a los grandes hombres y a las grandes cosas debe asociarse a todos vuestros pensamientos, esto no basta. Esforzaos por llevar a todo lo que emprendáis el espíritu del método científico fundado en las obras inmortales de los Galileo, Descartes y Newton.

Vosotros, sobre todo, estudiantes de medicina de la célebre Universidad de Edimburgo, que formados por maestros eminentes, tenéis derecho a las más altas ambiciones científicas, inspiraos en el método experimental. Es a estos principios a los que la Escocia debe los Brewster, los Thomsom y los Lister.

Se ha celebrado en días pasados, el cincuentenario de la primera inoculación de la vacuna antirrábica. Sepamos de los comienzos de tan útil empresa:

Los trabajos sobre la rabia abarcan los años de 1884 a 1888. Pasteur había comenzado a ocuparse de ella con Roux desde 1880, año en que le habían dado dos perros rabiosos. De esta enfermedad terrible, apenas se sabía que la saliva de los animales rabiosos contiene el virus rábico, y que, para las personas mordidas, el período de incubación de la rabia podía variar entre algunos días y varios meses. El 10 de diciembre de 1880, Pasteur, prevenido por el doctor Lannelongue, fué a ver al hospital Trouseau a un niño de cinco años, mordido en la cara hacia un mes. “Agitación, espasmos, sustos, sobresaltos al menor soplo de aire, sed ardiente e imposibilidad de tragar una gota de agua, movimientos convulsivos, accesos de furor: la lucha de este pequeño ser contra la muerte presentaba todo el cuadro de la rabia. Después de veinticuatro horas de sufrimientos, el niño tuvo un delirio final y murió ahogado por las mucosidades que le llenaban la boca”. Algunas de estas mucosidades, recogidas cuatro horas después de su muerte, fueron diluidas en agua e inoculadas a conejos que murieron en menos de treinta y seis horas. Esta muerte tan rápida, que contrasta con la larga incubación de la rabia, ¿se debía a la rabia? Pasteur no lo afirmó. Si se inocula saliva de un animal rabioso, hay que esperar meses. La inoculación de la sangre no dió resultados. “Volvamos a comenzar nuevos experimentos”, dijo Pasteur, que amaba la sentencia

de Buffon: “Reunamos hechos para tener ideas”. Se trató de inocular fragmentos de centros nerviosos tomados del bulbo raquídeo: la mayor parte de los animales inoculados murió de rabia. Así Pasteur pudo decir: “El asiento del virus de la rabia no está solo en la saliva. El cerebro lo contiene y se le encuentra allí revestido de una virulencia igual por lo menos a la que tiene en la saliva de los rabiosos”. Pero esto no era más que un paso adelante: había que comunicar la rabia a todos los animales y abreviar el período de la incubación.

Pasteur tuvo entonces la idea de inocular el virus en la superficie del cerebro de un perro; la incubación se redujo a veinte días lo más.

Pero no había descubierto el microbio de la rabia: trató de cultivarlo sin conocerlo, inoculando en el cerebro de un conejo la médula espinal de un conejo muerto de rabia, que, ya muerto, servía para inocular a un tercero y así sucesivamente. El período de incubación bajó a siete días. El virus reforzado, más fuerte que el de los perros rabiosos por mordedura corriente, se hizo además, fijo. Pasteur podía volver rabioso, con este virus, el 99 por 100 de animales.

Ahora había que obtener virus atenuado y fijo. Es un resultado al que se había llegado en el carbón de los carneros. “Pasteur hizo tomar un fragmento de la médula, a virus fijo, de un conejo que acababa de morir de rabia. Este fragmento fue suspendido de un hilo en un frasco calentado, en el que el aire se mantenía en estado seco por fragmentos de potasa cáustica, colocados en el fondo del vaso, semejantes a pequeñas astillas de mármol blanco. Un tapón de algodón cerraba el frasco para ponerlo al abrigo del polvo. La temperatura de la pieza en donde se hacía esta desecación fué mantenida a 23 grados. A medida que se secaba la médula, perdía su virulencia, que se extinguió del todo al cabo de catorce días. Esta médula, ya inactiva, se pulverizó en agua pura y se inoculó a unos perros bajo la piel. El segundo día se les inoculó médula de trece días y así sucesivamente, subiendo en la virulencia hasta la médula extraída del conejo muerto de rabia esa misma mañana”. Estos perros, mordidos por perros rabiosos o inoculados bajo el cráneo con virus rábico, no morían de rabia: eran refractarios a ella. Una Comisión de sabios nombrada por el Ministro procedió a las comprobaciones pedidas por Pasteur. Se inoculó con el bulbo de perro muy rabioso muerto en la escuela veterinaria de Alfort, el 10. de junio de 1884, a dos perros refractarios, a dos perros y a dos conejos indemnes de cualquier tratamien-

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

COSTA RICA

Muchos hombres le dijeron NO al agente de seguros cuando éste les propuso un seguro de vida. Ahora el carnicero, el panadero y el pulpero le están diciendo NO a sus viudas.

Moraleja: no le diga NO al agente de seguros de vida.

Banco Nacional de Seguros

to anterior. "Pasteur anuncia —dijo la Comisión en su informe,— que dada la naturaleza del virus rábico empleado, los conejos no serán atacados sino en un intervalo de doce a quince días, que lo mismo pasará con los dos perros de la prueba y que los refractarios no serán atacados ni ahora ni después, sea cual fuere el tiempo en que los comisionados los tengan en observación". La previsión de Pasteur se realizó al pie de la letra. Otras experiencias muy numerosas la confirmaron. Cómo vivía entonces el gran sabio podemos verlo por una carta de la señora Pasteur a sus hijos: "Vuestro padre siempre muy preocupado, me habla poco, duerme poco, se levanta en la madrugada, en una palabra, continúa la vida que comencé con él hoy hace treinta y cinco años".

Se podían, pues, emplear las médulas desecadas como vacuna preventiva contra la rabia y también como tratamiento a un animal mordido. "Pero, escribía Pasteur al emperador del Brasil, aun cuando he multiplicado los ejemplos de la profilaxis de la rabia en los perros, me parece que me temblaría la mano cuando hubiera que pasar a la especie humana". Su bondad lo forzó a ello.

"El 6 de julio de 1885, un lunes por la mañana, Pasteur vió llegar a su laboratorio de la Escuela Normal un alsaciano de nueve años de edad, José Meister, mordido la antevíspera por un perro rabioso. Lo acompañaba su madre. Ella contó que su hijo iba solo por un sendero para la escuela de Meisengot, cerca de Schlettstadt, cuando un perro se había arrojado sobre él. Echado por tierra, incapaz de defenderse, el niño no había pensado sino en taparse la cara con las manos". Mataron al perro y lo abrieron. El estómago estaba lleno de heno, paja, pedazos de madera, signos inequívocos del furor rábico. Doce horas después del accidente, el niño fué conducido al doctor Weber, quien había cauterizado las llagas con ácido fénico y aconsejado que llevaran enseguida el niño a París. "A la vista de las catorce heridas del pequeño Meister, a quien el dolor hacía marchar con dificultad, la emoción de Pasteur fue profunda. ¿Qué iba a hacer él por el niño? ¿Podía arriesgar el tratamiento preventivo, que siempre había tenido éxito en los perros? Pasteur se repartía entre sus esperanzas y sus escrúpulos que tocaban con la angustia". Consultó a Vulpian, decano de la Facultad de Medicina, espíritu prudente, hombre recto y al doctor Grancher, carácter enérgico, alta inteligencia que trabajaba en el laboratorio. Estuvieron de acuerdo en que la inoculación era un deber. La cauterización hecha doce horas después de las mordeduras y el ácido fénico, no garantizaban la vida del niño. "El pequeño Meister fué inoculado dos veces. Durante el tratamiento, Pasteur pasaba de las infinitas esperanzas a la zozobra y a la angustia, poseído de la idea fija de arrancar a la muerte este niño. No podía trabajar: todas las noches tenía fiebre. Una brusca visión, en insomnios invencibles le representaba al pequeño Meister a quien él había visto jugar en el jardín, ahogándose de la rabia, como en ocasión pasada el enfermito del hospital Trousseau". El pequeño Meister fué salvado.

Otro suceso le obligó a apresurar la organización de un servicio para el tratamiento preventivo de la rabia después de una mordedura. El alcalde del distrito de Villers-Farlay, en el Jura, le escribió que el 14 de octubre, un pastor había sido mordido por un perro rabioso.

"Seis pastorcitos guardaban sus rebaños en un prado. De pronto, en el camino ven un gran perro que pasaba, con el hocico lleno de baba. "Un perro loco!" gritan, la palabra loco es para ellos sinónimo de rabioso. Al verlos, el animal deja el camino para precipitarse sobre ellos. La banda de

GRANJA SAN ISIDRO

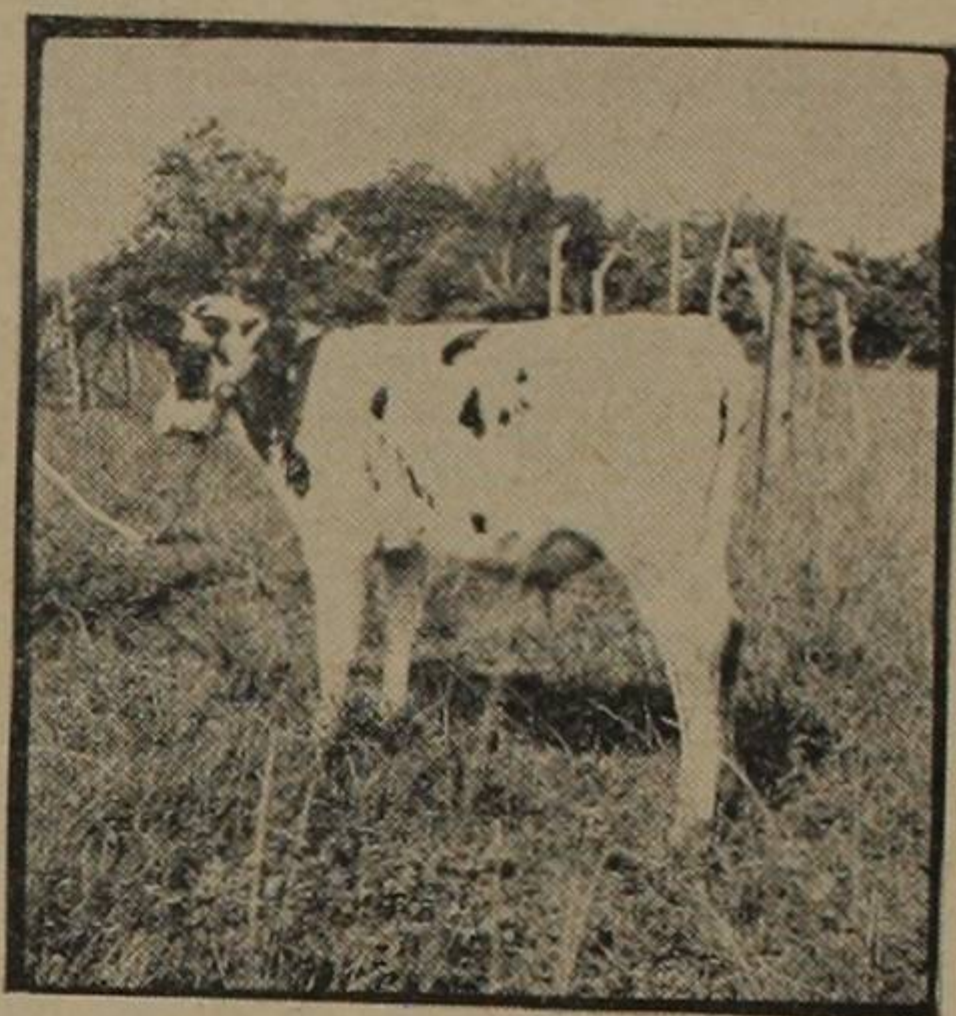
MAX JIMÉNEZ

CORONADO - COSTA RICA

Hijo del campeón de Kentucky, Sir Inca May, y una vaca importada, hija de la campeona de Estado de New York.

Inmune a la fiebre de garra-patas.

PRECIO: \$ 100 (U. S. A.)



TRIUNE VALENTINE INKA MAY

chiquillos se pone en salvo dando gritos. El mayor, de quince años, J. B. Jupille, quiso proteger la huida de sus camaradas. Armado de su fuate, se adelanta a encontrar el animal. De un salto el perro se arroja sobre Jupille y le muerde la mano izquierda. La lucha se entabla y Jupille domina el animal. Luego, con la mano derecha le abre el hocico para libertad la izquierda, siempre asegurada como por unas tenazas. Lo consigue, pero la mano derecha recibe a su vez graves mordiscos. Lucha aún. Agarra al perro por el cuello. Durante el combate se le había caído el fuate. Llama a su hermanito, que vuelve sobre sus pasos y recoge y trae el fuate. Con la correa, Jupille amarra el hocico del perro. Coge entonces uno de los zuecos y a golpes mata el animal. Al fin, para asegurarse de que el animal no morderá más, lo arrastra hasta el arroyo que corre a lo largo del prado. Lo mantiene algunos minutos con la cabeza bajo el agua. El perro está bien muerto. Así, pues, ya no

hay peligro para los otros niños. Jupille regresa a Villers-Farlay".

La autopsia del perro probó que estaba rabioso. El Alcalde, que había visto a Pasteur durante las vacaciones, le escribió que este niño sería víctima de su valor, a menos de que interviniese el nuevo tratamiento. Pasteur inoculó a Jupille seis días después de la mordedura y el resultado fué el mismo que para Meister.

Los rabiosos afluyen al laboratorio de la Escuela Normal. Un día, el 9 de noviembre de 1885, llevaron una muchachita de diez años, gravemente mordida, hacia treinta y siete días, en la cabeza, por un perro montañés: la herida supuraba todavía. "Pasteur se decía: He aquí un caso desesperado. La explosión de la rabia está sin duda en visperas de producirse: es demasiado tarde para que el método preventivo tenga la menor probabilidad de eficacia. ¿Acaso no debería yo, por el interés científico del método, rehusar el tratamiento de esta niña? No pudo resistir ante un padre y una madre que venían a pedirle salvara a su hija. Luisa Pelletier sucumbió. Cuando se perdió toda esperanza y Pasteur dejó la cabecera del lecho de la pequeña agonizante, dijo a los padres: "Deseaba tanto salvar a vuestra pobre niña!" Y en la escalera estalló en sollozos.

El amaba a los niños. "Cuando me acerco a un niño —decía— me invaden dos sentimientos: el de ternura por el presente, el de respeto por lo que puede llegar a ser algún día". En medio de las más vivas preocupaciones, y en tanto que el mundo estaba lleno de sus trabajos, hallaba la ocasión de dar consejos a los niños que había tratado.

Una carta de Pasteur a Jupille:

Mi querido Jupille, he recibido todas tus cartas. Las noticias que me das de tu buena salud me complacen mucho. La señora Pasteur te da las gracias por tus recuerdos. Ella desea, como yo y todo el mundo en el laboratorio, que hagas el mayor progreso posible en lectura, escritura y cálculo. Tu escritura es mucho mejor que antes. Pero haz bastantes esfuerzos para aprender ortografía. ¿Por dónde vas en clase? ¿Quien te da lecciones? ¿Trabajas en tu casa todo lo que puedes? Tú sabes que José Meister, el primer vacunado, me escribe a menudo. Y encuentro que aun cuando no tiene sino diez años, hace progresos más rápidos que tú. Aplícate, pues, lo más que puedas. Pierde poco tiempo con tus camaradas y sigue en todo las opiniones de tus maestros y los consejos de tu padre y de tu madre.

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general

son las dolencias que se curan rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

Salúdame al señor Parrot, Alcalde de Villers-Farlay. Quizá sin su previsión habrías enfermado y enfermar de la rabia es la muerte infalible. La debes, pues, mucho agradecimiento. Buenos días y buena salud.

(14 de enero de 1886).

Carta a Gueyton, otro niño inoculado:

Mi querido Gueyton, ¿por qué no me envías noticias tuyas como me lo has prometido? Temo que no sepas escribir. En tal caso, esfuérzate por aprender a leer bien y a escribir bien. Si necesitas dinero para darte algunas comodidades y pagar un maestro, házmelo saber. Tu bondadosa fisonomía me ha inspirado un gran interés por ti. Estoy persuadido de que puedes aprender muy bien y que luego podrás colocarte de un modo conveniente. En fin, ponme al corriente de tu familia. ¿Tienes padre y madre? ¿Tienes hermanos y hermanas? Si no puedes escribir, contesta a mis preguntas por medio del alcalde de tu distrito, por el maestro, por el cura. Consérvate bien. Buenos días; aquí tienes, con la carta, un giro postal por diez francos.

Al dar las gracias por haberlo elegido secretario perpetuo de la Academia de Ciencias:

Quisiera consagrar lo que me resta de existencia: por una parte, a provocar Investigaciones y a formar por medio de estudios cuyo porvenir se me aparece pleno de promesas, alumnos dignos de la ciencia francesa; y por otra, a seguir intensamente los trabajos que la Academia suscita y estimula.

El único consuelo, cuando se comienza a sentir renacer las fuerzas, es decirse que se puede ayudar a los que nos siguen a hacer más y mejor de lo que fuimos, avanzando con los ojos puestos en los grandes horizontes que apenas hemos podido entrever.

Al inaugurarse el Instituto Pasteur, el 14 de noviembre de 1888, en presencia del Presidente Carnot:

Guardad el entusiasmo que habéis tenido desde el primer momento, mis queridos colaboradores, pero dadle por compañero inseparable un control severo. No aseguréis nada que no pueda ser probado de una manera sencilla y decisiva.

Tened el culto del espíritu crítico. Reducido a sí mismo, no es ni un despertador de ideas, ni un estimulante de grandes cosas. Sin él, todo es caduco. Tiene siempre la última palabra. Esto que os pido, y que a la vez pediréis a los discípulos que formaréis, es lo que hay de más difícil para el inventor.

Crear que se ha encontrado un hecho científico importante, tener la fiebre de anunciarlo, y contenerse días, semanas, años a veces, en combatir a sí mismo; esforzarse en arruinar sus propias experiencias y no proclamar su descubrimiento sino cuando se han agotado todas las hipótesis contrarias, sí, es una ardua tarea.

Pero cuando después de tantos esfuerzos se ha llegado al fin a la certeza, se experimenta una de las más grandes alegrías que puede sentir el alma humana y el pensamiento de que se contribuirá al honor de su país hace esta alegría aun más profunda.

Si la ciencia no tiene patria, el hombre de ciencia debe tener una y es a ella a quien él debe ofrecer la influencia que sus trabajos pueden tener en el mundo.

Si me fuere permitido, señor Presidente,

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica

terminar con una reflexión filosófica provocada en mí por vuestra presencia en esta sala de trabajo, diría que dos leyes contrarias parecen hoy en lucha: una ley de sangre y de muerte, que imagina cada día nuevos medios de combate, y obliga a los pueblos a estar siempre listos para el campo de batalla; y una ley de paz, de trabajo, de salud, que no piensa más que en salvar al hombre de las plagas que lo asedian.

La una no busca sino las conquistas violentas; la otra, el consuelo de la humanidad. Esta coloca la vida humana sobre todas las victorias; aquélla sacrificaría centenares de miles de existencias a la ambición de uno solo. La ley de la cual somos instrumentos trata de curar aún a través de la carnicería, los sangrientos daños de esta ley de guerra. Las curaciones inspiradas por nuestros métodos antisépticos pueden preservar millares de soldados. ¿Cuál de estas dos leyes dominará a la otra? Sólo Dios lo sabe. Pero lo que podemos asegurar es que la ciencia francesa se habrá esforzado, obediente a esta ley de humanidad, por ensanchar las fronteras de la vida.

El discurso del jubileo, al celebrarse los 70 años de Pasteur, el 27 de diciembre de 1892, en el gran anfiteatro de la Sorbona El hijo lo leyó:

Señor Presidente de la República, vuestra presencia lo transforma todo: una fiesta íntima se convierte en una gran fiesta y el simple aniversario del nacimiento de un sabio será, gracias a vos, una fecha para la ciencia francesa.

Señor Ministro, señores:

En medio de este esplendor, mi primer pensamiento se dirige con melancolía hacia el recuerdo de tantos hombres de ciencia que no han conocido sino sufrimientos. En el pasado, tuvieron que luchar contra los prejuicios que ahogaban sus ideas. Vencidos estos prejuicios, chocaron con obstáculos y dificultades de toda especie.

Hace apenas pocos años, antes que los poderes públicos y el Consejo Municipal hubiesen dado a la ciencia magníficas moradas, un hombre a quien he amado y admirado tanto, Claudio Bernard, no tenía por laboratorio, a pocos pasos de aquí, más que una cueva húmeda y baja. Quizá fué allí en donde adquirió la enfermedad que se lo llevó! Al saber lo que aquí me reservabais, su recuerdo se ha levantado al punto ante mi espíritu: yo saludo a esta gran memoria.

Señores: por un pensamiento ingenioso y

delicado, parece que hubierais deseado hacer pasar por mis ojos mi vida entera. Uno de mis coterráneos del Jura, el Alcalde de la villa de Dole, me ha traído la fotografía de la muy humilde casa en donde vivieron con tantas dificultades mi padre y mi madre. La presencia de todos los alumnos de la Escuela Normal me recuerda la ofuscación de mis primeros entusiasmos científicos. Los representantes de la Facultad de Lila me evocan mis primeros estudios de cristalografía y las fermentaciones que me han abierto todo un nuevo mundo. ¡Cuántas esperanzas me invadieron cuando presentí que detrás de tantos fenómenos oscuros existían leyes! Vosotros habéis sido testigos, mis queridos colegas, de la serie de deducciones por las cuales me ha sido permitido—como discípulo del método experimental—llegar a los estudios fisiológicos. Si a veces he turbado la calma de nuestras academias con discusiones un poco vivas, es porque defendía apasionadamente la verdad.

Vosotros en fin, delegados de naciones extranjeras, que habéis venido de tan lejos a dar una prueba de simpatía a la Francia, me traéis la alegría más profunda que puede experimentar un hombre que cree invenciblemente que la ciencia y la paz triunfarán de la ignorancia y la guerra, que los pueblos se pondrán de acuerdo, no para destruir sino para edificar, y que el porvenir será de aquellos que hayan trabajado más por la humanidad doliente. Llamo para ello a usted, mi querido Lister, y a vosotros todos, representantes de la ciencia, de la medicina y de la cirugía.

Jóvenes, jóvenes, confiad en estos métodos seguros, poderosos, de los cuales no conocemos más que los primeros secretos. Y todos, sea cual fuere vuestra carrera, no os dejéis atacar por el excepcionalismo denigrante y estéril, no os dejéis desanimar por las tristezas de ciertas horas que pasan sobre una nación. Vivid en la paz serena de los laboratorios y de las bibliotecas. Decíos ante todo: "¿Qué he hecho por instruirme?" Luego, a medida que avancéis: "¿Qué he hecho por mi país?" Hasta el momento en que tal vez tengáis esta inmensa dicha de pensar que habéis contribuido en algo al progreso y al bien de la humanidad. Pero, sean más o menos afortunados los esfuerzos en la vida y tenga uno la obligación de decirse al final de la jornada: "¡Hice lo que pude!"

Señores: os expreso mi profunda emoción y mi vivo reconocimiento. Así como en el reverso de esta medalla, Roty, el gran artista, ha ocultado entre rosas la cifra de la pesada carga de los años que he vivido, vosotros también habéis querido, mis queridos colegas, dar a mi vejez el espectáculo que más podía regocijarme, el de esta juventud tan viva y amorosa.

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneond, en San Salvador, puede darle una suscripción al *Repertorio*.

Estampas

Hablo con los estudiantes

El caso cubano del compañero delator

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración. — Costa Rica y octubre del 34. =

Unos estudiantes cubanos pronunciaron contra el compañero delator este fallo terrible: "En el término Municipal de ... a los cuatro días del mes de Sbre. de 1933, constituidos en tribunal los señores... y actuando como secretario... para juzgar al estudiante José Soler y Lezama por los cargos de traición, espionaje, delación y complicidad en el asesinato del estudiante Carlos Fuentes Blandino, después de oír las declaraciones de los testigos y revisar las pruebas documentales aportadas, resolvieron condenar al acusado a la pena de muerte..." Fué raro este caso de traición en el estudiantado. El machadato diezmó, pero la sangre no pudo desmoralizar al estudiante. Fuerza revolucionaria activísima, quebrantó el poder de la tiranía. Soler fué corrompido por el horrible machadato y sirvió en la infame tarea de delator. Como no sospechan de él, asiste a las reuniones en que secretamente los estudiantes hacen planes para derribar aquel sistema cavernario que pudre la vida de Cuba. Lo que oye lo lleva al esbirraje del sátrapa y un día ese esbirraje asesina al estudiante Fuentes Blandino, denunciado por Soler en la forma más miserable y cobarde. Soler sabe que su compañero está en casa de una amiga y va a verlo para saber cosas de la revolución. Lo retiene en esa casa mientras él sale a dar parte a la policía. Los sabuesos cercan la casa y cuando Fuentes Blandino sale de ella aconsejado por Soler, es atrapado y asesinado inicualemente.

El episodio es breve. El fallo de los estudiantes es también breve. Caído el machadato, es apresado el delator Soler y sometido a juicio sumario. Y se cumple la sentencia. Los propios estudiantes forman el pelotón que fusila al compañero delator. Hemos seguido los relatos cubanos y ninguno nos parece tan edificante como este del estudiante Soler. Cuando íbamos conociendo detalles del juicio no comprendíamos por qué era tan severa la conducta de los estudiantes con el delator. Un pasaje sobre todo nos hizo estremecernos. Soler ve la aflicción honda en algunos de sus juzgadores y exclama: "Veo llorar a mis compañeros, a los que fueron mis buenos compañeros que ahora me juzgan por traidor. Ustedes son jóvenes y gozarán la vida; yo, dentro de poco, no seré nada. Yo quiero que ustedes, cuando recuerden al traidor Soler, piensen en mi pobre madre y quiero que la vayan a ver, como van a ver a las otras madres que han perdido a sus hijos en estas luchas que veníamos sosteniendo. Piensen que ella es más desgraciada que las demás, que ella es dos veces más desgraciada, porque yo no he de morir con la gloria con que cayeron los otros... Pero así como el ejemplo de los que cayeron luchando debe servir para que en el futuro no se produzca en Cuba una tiranía, mi muerte deberá servir de ejemplo para que ningún revolucionario

lleve a cabo actos como esos de que se me acusa".

El caso del estudiante Soler es para que lo mediten los estudiantes todos. Quisiéramos que en cada joven hubiera un relato escrito y con la meditación, le llegara poder para defender su decoro de las acechanzas de los corruptores. En los de edad madura cabe la delación, el espionaje, la traición si hay en ellos vicios que los vuelven estropajos. Pero salvemos al joven de esas miserias. Levantemos su espíritu creador y hagámosle pensar con nobleza. Lo terrible es que abundan corruptores tanto en tiempos de tiranía como en gobiernos civiles. Esos corruptores someten al joven a sus influencias y si es débil, si tiene cara de traidor, pronto lo convierten en cosa despreciable. Le hacen sentir que es dignificante la delación cuando obedece a un plan de lucha social. Al enemigo hay que perseguirlo sin piedad hasta darle fin. No hay medio repudiado en esa persecución. Cumple el joven su papel delatando y traicionando al enemigo. Así instruye el hombre de años al joven que ha caído en sus garras felinas.

Pero contra ese gravísimo mal de la delación en los jóvenes no debe nadie volverse indiferente. El caso del estudiante Soler es aleccionador. Hicieron bien los estudiantes cubanos que lo juzgaron y lo condenaron a muerte. Escribieron el episodio más fecundo para la vida de un joven. Allí está clara la condición del delator. No es posible que el alma nueva descienda a esos antros horribles. Tiene todas las oportunidades para crear. Aprovechélas. No destruya. Fortifíquese y abra paso. El camino verdadero sólo el pecho honrado lo abre inmune contra la maraña. En Cuba luchaba el estudiantado sin temores. Sabía que el sistema tiránico había que desarraigarlo; es decir, sabía que para Cuba había que abrir una senda amplia de libertad. No le importaba entonces sacrificarse. No concibió nunca que el esbirraje organizado por el machadato pudiera colarse en sus propias unidades de lucha grande. Encontró al delator y lo abatió en una forma ejemplar. No esperó a que acabaran con él hombres maduros. Con éstos no tenían el procedimiento fecundo que sólo los espíritus jóvenes pueden imaginar. Soler es el símbolo de la traición. Los estudiantes que lo fusilaron

son el símbolo de la liberación. Por esto es aleccionador el caso.

Siempre que sea necesario hablar a las generaciones nuevas del papel que a ellas toca en la batalla incesante en que se viven los pueblos por su libertad, el caso de los estudiantes cubanos tendrá que presentarse como ejemplar. Pedimos a todas las juventudes de nuestros pueblos que piensen en ese caso y vean allí el castigo eficaz contra la delación, contra el crimen horrendo de la delación. Y que se libren del malvado que las toma como instrumentos para hacer de ellas delatores despreciables. Nada hay que degrade más al joven que cumplir órdenes salida de malvados. Porque las cumple, cuando es débil y hay en él tara de traidor, con audacia. Y la audacia da osadía y empuja como avalancha al delator hasta convertirlo en sabueso fiero.

Estos pueblos necesitan formar generaciones decorosas. En la medida en que crecen las asechanzas de adentro y de afuera, las unidades combativas son más urgentes. De afuera nos vigila con codicia el imperialismo. Y por dentro sirve a ese imperialismo el individuo que se alía a él para tener un modo cómodo de vida, para procurarse bienestares fáciles. En Cuba no lucha el cubano sólo por deshacerse de malos gobiernos. Lucha contra los malos hombres adueñados del mando y contra las conquistas del imperialismo yanqui. Cuando los estudiantes fusilan al traidor es porque ven en ese traidor no sólo un aliado de la tiranía sino un servidor del imperialismo que ha vuelto miserable la vida del cubano. No es diferente el suceso en cualquiera de estos pueblos. Nosotros enfocamos el problema del joven corrompido que se vuelve delator, desde el punto de vista de la independencia de estos pueblos. Y nos parece que es el plano de mayor importancia. Porque maleada la gente nueva lo que sube es podredumbre. El imperialismo no puede expansionarse mientras tenga que enfrentarse en cada pueblo a generaciones valientes, incorruptibles, con una conciencia clara de que el decoro de la nación es el decoro del individuo. Mientras sienta oposición decorosa no atropella por más descarado que sea. Pero si lo que ha preparado es tribu de serviles que lo consideran salvador, que lo sienten amo, el camino lo tiene abierto para la conquista completa. En Cuba el mal gobierno está asociado al imperialismo. No vive gobierno malo sin el sostén del imperialismo yanqui. De modo que el aliado del tirano es servidor del imperialismo. También ira generalizándose a los demás pueblos de esta América la norma cubana. Entonces no nos queda como conducta honrada y previsora, sino la del cubano que condena al imperialismo yanqui y a sus aliados del interior. Mucho enseña Cuba y por eso vamos constantemente a buscar su vida tempestuosa y a sacar hechos de valor inmenso para estos pueblos.

Mediten los jóvenes el fallo del tribunal estudiantil cubano y llénense de grandeza para combatir al delator. Que no tenga cabida en estos pueblos el miserable que corrompe estudiantes para lanzarlos a la delación y al espionaje. Gente de clara inteligencia y moralidad pura es lo que necesitamos. Al delator sólo le está reservado en pueblo como el cubano la pena de muerte. No lo olvidemos.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

ABOGADO

SAN JOSE, COSTA RICA

OFICINA: 75 vs. Oeste Botica Francesa

TELEFONOS:

OFICINA No. 3726 — HABITACION No. 3133

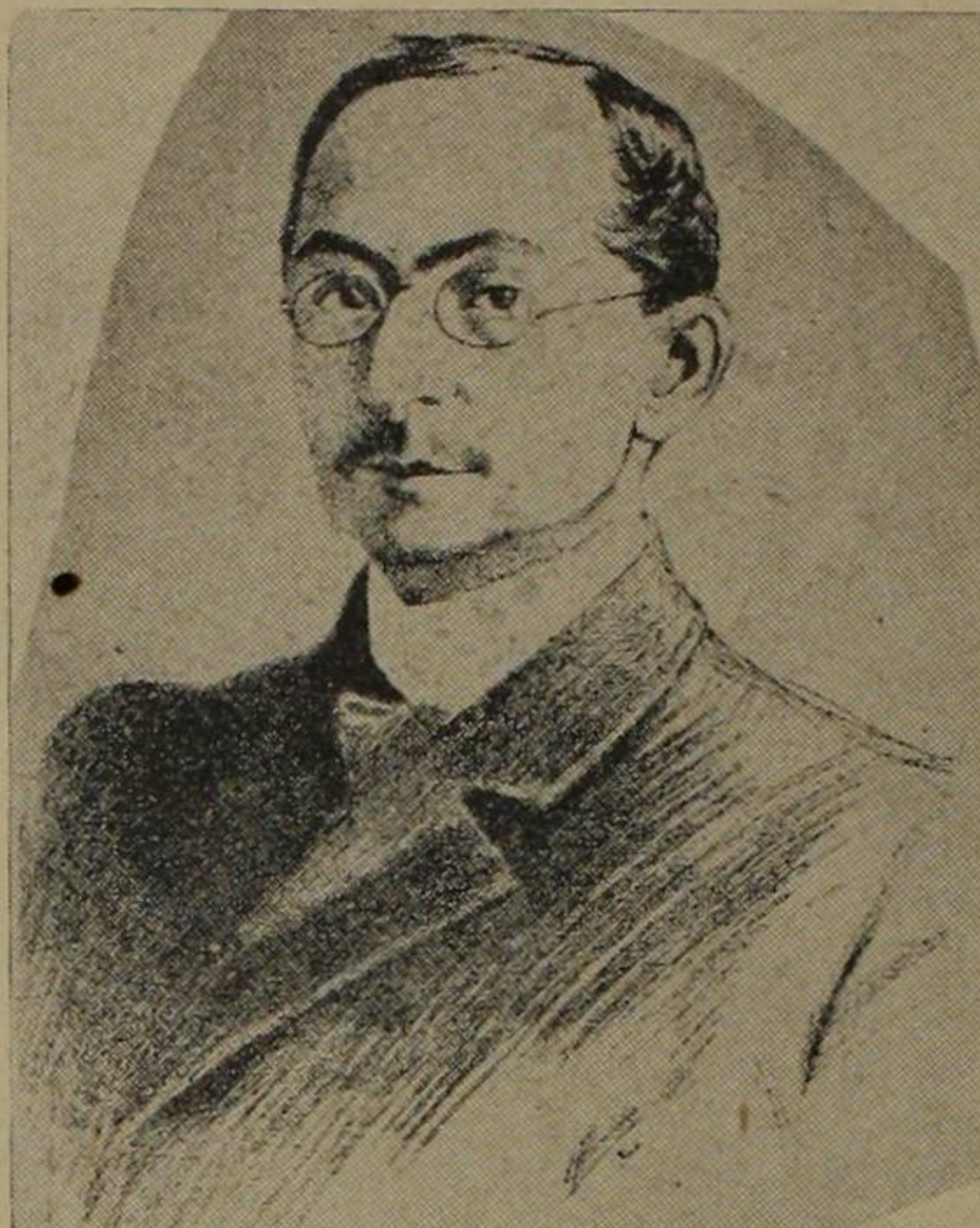
APUNTES BIOGRAFICOS

Angel de Campo

("Micrós" y "Tick-Tack")

Por JORGE USETA

= Envío del autor. México D. F. =



Angel de Campo
(Micrós)

Angel de Campo nació en la ciudad de México (casa número 25 de la calle del Puente Quebrado), el día 9 de julio de 1868. Fué presentado al Registro Civil el 10 de agosto del mismo año y bautizado en el Sagrario Metropolitano, la noche del 20 del propio mes, bajo el padrino de don Esteban Benítez y de su esposa doña Ana Tapia (1).

Perteneció a la raza blanca pura, y se supone que su antepasado español más cercano debe de haber sido el bisabuelo. Hay un abuelo, el materno, de Tepic (Don Luis Valle); pero son oriundos de Veracruz, los padres: don Angel de Campo y doña Laura Valle. Este matrimonio tuvo cuatro hijos: Angel, el mayor, Germán, Trinidad y Luisa. No vive sino doña Trinidad de Campo, esposa de don Francisco Fernández del Castillo.

Sus primeros ensayos literarios aparecieron en un periodiquito que fundaron varios alumnos del instituto "Emilio G. Baz", de donde él fué alumno. Pensó al principio en hacer una carrera: la de Medicina, completó sus estudios preparatorios y cursó el primer año profesional; pero entonces murió la madre, y la necesidad de atender a la familia le impuso el abandono de sus proyectos. Además, ya se había convencido de que eran las letras y no las armas... quirúrgicas, las que lo llamaban irresistiblemente.

Comenzó a escribir en "El Nacional", y el buen éxito de sus escritos fué tan grande, que el director de dicho periódico, don Gonzalo Esteva, pagó generosamente la publicación de todos aquellos trabajos, en un volumen hecho con bastante primor. Nos referimos a "Ocios y Apuntes", que vió la luz pública en 1890, debió haber prologado don Ignacio Altamirano y prologó al fin un hombre ilustre en la literatura histórica, don Luis González Obregón. "Micrós" (ya se firmaba así entonces) tenía en aquella época, 22 años.

Fué uno de los fundadores del "Liceo Altamirano"; y asociado al célebre dibujante Villasana (que en su arte cultivaba un género parecido al de Micrós), se trasladó a Chicago, en viaje de negocios, pero el fracaso de la empresa que llevaban, que fué periodística, lo obligó a volver a la ciudad de México.

Desde 1899 fué uno de los mejores colaboradores de don Rafael Reyes Spíndola, en "El Imparcial", donde "Tick-Tack" creó las "Semanas Alegres". Publicó la primera el día 2 de abril de 1899, con el título de "Semana Festiva", denominación que al domingo siguiente cambió por la de "Semana Alegre". No recordamos un triunfo periodístico más grande. La "Semana Alegre" dominaba el domingo. El joven que a las once, con la solapa levantada y una toalla debajo del brazo, ocupa una silla en la peluquería, lee el artículo de "Tick-Tack" mientras le llega su turno. El jefe de familia que a las seis

de la mañana ya se fregotea la cara en el agua fría del lebrillo, a fin de estar en su oficina a las siete, se permite, el domingo, la voluptuosidad de despertar tres horas después. Entonces se incorpora, se sienta sobre la cama, se apuntala con almohadas, se despereza y grita: "¡Que me traigan el desayuno y el periódico!" Se le complace en ambas cosas, y entre sorbo y sorbo de chocolate, va leyendo con fruición el artículo festivo, y esto constituye una parte de su inocente sibaritismo dominical... A las cuatro de la tarde, la familia está ya arreglada para irse al teatro, al Circo Orrín. Pero siempre queda alguna tía vieja, especie de ama de llaves que trajina todo el santo día, y al fin se queda sola, después de despachar a las criadas a quienes toca salir. Entonces se refugia en el cuarto de costura, se sienta en un taburete de asiento de tule, se cala los anteojos de cintillas enredadas, y lee muy despacio y en voz alta, la "Semana Alegre".

Lo leyó toda la República, pero nadie lo comprendió tan perfectamente como la Ciudad de México, porque fué la metrópoli capitalina el campo casi exclusivo de sus inagotables observaciones.

Don Angel de Campo prestó sus servicios durante algunos años, en la Secretaría de Hacienda, en el Departamento que estaba a cargo de don Enrique Martínez Sobral; y cuando don Pablo Macedo preparaba su monografía sobre los Ferrocarriles, fué él quien le proporcionó los datos más importantes de dicho trabajo.

Tuvo la pasión de los libros en general, y de los libros de música en particular.

En octubre de 1904 contrajo matrimonio con la señorita María Esperón; y en febrero de 1908 murió, víctima del tifo, sin dejar herederos directos.

El día 12 de febrero de 1871, comenzó a escribir en "El Monitor Republicano" un escritor que se había de hacer popularísimo. Era un hijo de español y mexicana a quien el padre impuso el estudio de la Farmacia, y años más tarde tuvo bajo su responsabilidad una botica. Hablamos de Enrique Chávarri, que firmó siempre con el pseudónimo de "Juvenal" y cultivó el género costumbrista durante el largo período de 22 años, pues su amor por el periodismo humorístico se manifestó hasta pocos días antes de su muerte, acaecida de un modo casi repentino, en una casa de la calle de la Santa Veracruz, la noche del 16 de julio de 1903.

Si se tiene en cuenta el escaso desarrollo del periodismo en aquella época, y la larga y sostenida labor de Chávarri, se comprenderá su inmensa popularidad, que no correspondió a sus méritos, dicho sea de paso. De esta fascinación no pudo sustraerse Angel de Campo, en sus primeros años literarios, y él mismo así lo confiesa en un artículo escrito poco después de la muerte de Chávarri.

"Juvenal" perteneció a un grupo periodístico muy frívolo. Hablaba a la gente más vulgar en la forma más pedestre, y no se elevaba un ápice ni por casualidad. Difícilmente se pueden leer hoy sus artículos. "Juvenal" careció de público selecto. "Micrós", en cambio, supo conquistar al gran público y también al grupo de selección, por medio de la calidad y el estudio. En Angel de Campo hubo respecto de su antecesor ("Juvenal") y respecto de su continuador ("Rejúpiter", J. Rafael Rubio), superioridad de cultura, superioridad de personalidad y superioridad de sentido literario. ("Juvenal" escribe como si hablara, y "Rejúpiter" imita a "Micrós").

Angel de Campo fué ante todo un escritor de cuadros de costumbres, y un cronista perspicaz de la ciudad de México. Fué cuentista también, y aun escribió cuentos excelentes ("Almas Blancas", "¡Pobre Viejo!", "El Telegrafista Aguilar"); pero no constituyó tal género su especialidad. Sus artículos se caracterizaban por una suave entonación moral, y un notable temperamento festivo (1). Sus cuentos, por la ternura. Es que le tocan los últimos chisporroteos del Romanticismo y es muy sensible a la influencia de Dickens, Daudet y de Amicis, estos tres tiernos del siglo XIX. (Y de esta ternura participaron los mismos animales. (Véanse "El Pinto" y "Gladiador").

También escribió novelas: "La Rumba" y "La Sombra de Medrano", que se han perdido. Aquélla llegó a publicarse,

(Pasa a la página 235)

(1) Datos suministrados por la misma familia a quien esto escribe.

(1) En opinión de don Luis G. Urbina, el primer escritor festivo de su tiempo. Artículos como "Confesiones" son verdaderas obras maestras en su género.

La reconquista de Hudson

Por ENRIQUE ESPINOZA

= Envío del autor. Buenos Aires. Julio de 1934 =

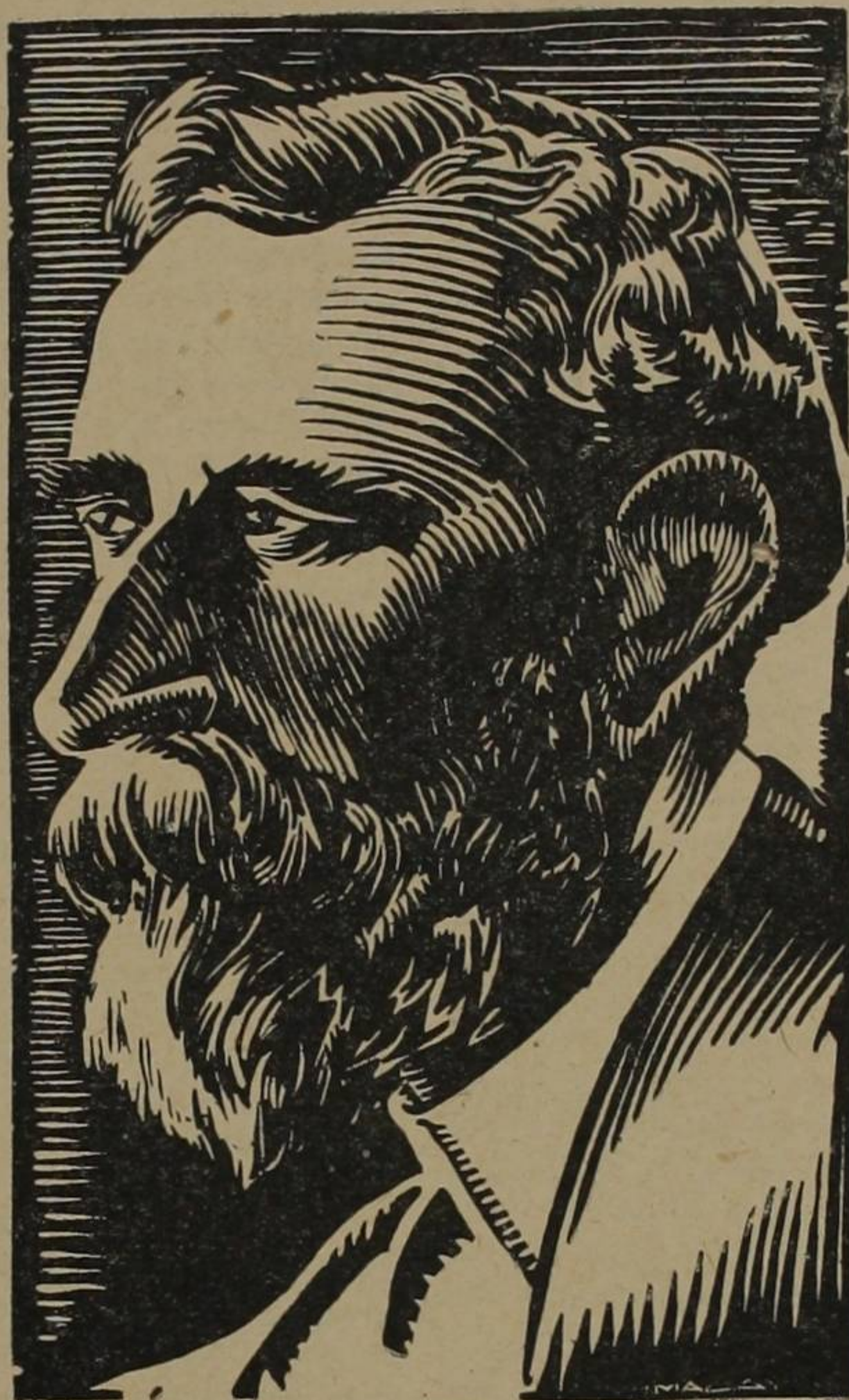
Nadie como Hudson ha fijado tan íntimamente todos los giros y frases del lenguaje del gaucho, ni reproducido tan bien su manera de narrar cuentos. El los conocía, como dirían ellos mismos, hasta el caracú. Por eso, cuando escribió acerca de ellos y de la pampa, ha de haber pensado en castellano. Esto escapó a la mayoría de los críticos, mas hay giros de frase—no me refiero a los que reproducen el lenguaje del gaucho, sino a los de sus escritos habituales—que para apreciarlos es preciso conocer el castellano. Esto se acentúa en él con los años, y es de observarse en «Far Away and Long Ago» y especialmente en «An Hind in Richmond Park», que escribió con un pié en el estribo, listo para montar y pegarse último galope hacia uno u otro lugar, porque nunca estuvo seguro de la existencia de una meta.—
R. B. CUNNINGHAM GRAHAM.

I

Una de las muchas ironías de la historia literaria — tan pródiga en salidas de esa índole — ha determinado que el más criollo de los escritores nacidos a orillas del Plata, Guillermo Enrique Hudson, lo fuera, antes que en el idioma de los conquistadores españoles, en el de los tardíos invasores ingleses, vencidos justamente en las inmediaciones del lugar de su nacimiento. De ahí el título — que luego acertó, sin duda, para que no se creyera en ningún momento que lo lamentaba — de su famosa novela inicial: «The Purple Land that England Lost», una parte, no más, de la «Historia de la casa de los Lamb», destruída por él mismo. De ahí también los asuntos igualmente nativos, de los primeros libros que firmó, en el mismo Londres, con su verdadero nombre y que son: «Ornitología Argentina», «Un Naturalista en el Plata», «Días de holganza en la Patagonia» y «El Ombú», en el que narra, de entrada, uno de los episodios más pintorescos de aquella invasión.

Incluyo «El Ombú» entre las primeras obras de Hudson porque las notas para dicho cuento —según lo recuerda en el apéndice al mismo — las tomó en Chascomús, «el año de la gran polvareda», alrededor del 70. Es decir, un lustro, más o menos, antes de que abandonara para siempre el país donde vió la luz primera. A estos años, que son los de la juventud del autor, pertenecen asimismo las aventuras revividas con tanto ingenio en «La Tierra Purpúrea», los cuatro cuentos que acompañaron más tarde «El Ombú» en «Tales of the Pampas», y sobre todo, las experiencias y observaciones magistralmente descritas en «Un Naturalista en el Plata» y en «Días de holganza en la Patagonia» (1).

(1) Podría agregar «Ralph Herne», quizá su primera obra: un relato acerca de



G. E. Hudson

Por Luis Macaya

Todos estos primeros libros, que aumentaron, tras de amargas luchas — a causa de su misma excelencia — la fama de Hudson en Londres, no hallaron eco alguno entre sus paisanos cultos de Buenos Aires, tan necesitados, sin embargo (entonces como ahora), de un verdadero intérprete universal de su tierra incógnita . . .

Fero qué mucho, si el mismo «Martín Fierro», con estar escrito en un lenguaje menos distinto del español de los literatos de aquella época que el inglés de Hudson, tardó más de cuarenta años en llegar a la Facultad de Filosofía y Letras . . .

Por suerte, Hudson, según el testimonio de uno de sus mejores amigos, Edward Garnett, era el escritor que menos se preocupaba de la fama o la reputación; el hombre menos afecto al aplauso. La adopción de la ciudadanía británica lo salvó de la miseria. Y aunque, como dice el mismo Garnett, en el fondo de su espíritu yacía el recuerdo de sus fracasos, cuando sus memorias y artículos apenas le valían el salario de un deshollido-

la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires, el año 71. Pero Hudson quiso olvidarlo como folletín en un periódico de Londres, y sólo después de su muerte fué editado en los Estados Unidos.

nador, fué reflejando sucesivamente en sus libros ingleses nuevos aspectos de la «earth life» que amaba, nuevos aspectos de sí mismo como naturalista, poeta y creador. Esto, antes y después de dar cima a sus evocaciones remotas y tempranas en «Far Away and Long Ago», su obra maestra y totalmente nativa.

En efecto, antes, en algunas páginas de «Birds and Man» y «Adventures among birds», pues no pensaba, como declara en la introducción de «Allá lejos y hace mucho tiempo», escribir sus memorias de la infancia. Después, en otras tantas páginas de «A Traveller in Little Things», y sobre todo en «A Hind in Richmond Park», su obra póstuma. Con todas esas páginas podría formarse un nuevo volumen de cuentos de la Pampa no inferior al otro. En esta tarea nos hallamos empeñados ahora algunos decididos admiradores de Hudson, con la aprobación de D. Roberto Cunningham Graham, ese Quijote escocés, a quien debemos una de las observaciones más certeras sobre la obra de Hudson: la que sirve de acápite a estas notas. En realidad, don Roberto no ha hecho más que extender, profundizándolas, el alcance de estas otras palabras suyas del prólogo a

la edición española de «La Tierra Purpúrea»: «La manera cauta y silenciosa del gaucho de aquellos días está trazada como nadie que no haya nacido en la Pampa podría haberlo hecho. Hudson la ha conservado para siempre, mejor de lo que lo han hecho los escritores modernos en parligauchesco». Desgraciadamente, el mismo traductor de «La Tierra Purpúrea» no tuvo en cuenta esa observación del maestro al emprender la versión de «El Ombú». Dejándose llevar por la moda, el Sr. Hillman, con la mejor intención del mundo, quiso demostrar lo criollo que era Hudson por el camino que éste había superado, al dar, como dice su viejo y noble amigo, «en vez de los términos del lenguaje del gaucho, que es tan fácil, la interpretación de su forma de pensar, a tal punto que ni Ascasubi ni Hernández pudieran mejorarlo». Es por esta hazaña de Hudson, precisamente, que Inglaterra conquistó para sus letras lo que no pudo alcanzar ningún general para sus armas. Y es mediante una versión genuina del espíritu de su obra—o por lo menos de la mayor parte de ella—que se puede reconquistar a Hudson como clásico de nuestra literatura. Porque, si es verdad que escribió exclusivamente en inglés, fué, como hemos visto, pensando muchas veces en castellano y con la vista puesta en las tierras de sol donde había abierto los ojos a la luz primera, según se empeña en recordar en cada libro.

En verdad, el caso de Hudson es singularísimo, apenas comparable al de Jorge Santayana, el moderno ensayista de origen español, quien también, según su propia confesión, escribió en inglés el mayor número de cosas no inglesas que ha podido. Pero mientras en Santayana, como filósofo, prima lo adquirido, en Hudson, como artista, y por haberse formado aquí hasta su madurez, priman sus emociones fundamentales. Esto último lo ha subrayado con precisión Mr. Morley Roberts en su interesante biografía de Hudson, cuyo último capítulo, sobre la muerte de Hudson, ha comentado para «La Nación» don Osgar Hynes. Pero ya veremos en seguida cuánto se ha publicado sobre Hudson o de Hudson en nuestro idioma.

II

Antes de la muerte de Hudson, su literatura sólo había hallado uno que otro eco en castellano. Don Martín Doello Jurado, director del Museo de Historia Natural, publicó en la revista científica «Physis», de marzo de 1913, una breve noticia sobre «Un Naturalista en el Plata»; y en el número de febrero de 1916 de la misma revista una traducción completa de la «Biografía de la vizcacha» del citado libro, acompañada de una extensa y erudita nota final. Por su parte, el escritor colombiano D. Santiago

Pérez Triana, que dirigía en Londres por aquella misma época la revista "Hispania", publicó en varios números de ella una primera versión de "El Ombú", firmada por D. Saturnino Restrepo. Hudson recuerda en una carta a Morley Roberts su encuentro con dicho caballero en 1918 y la sorpresa de éste al enterarse, tras de una interesante conversación, que él era el autor de "El Ombú", el cuento que el señor Restrepo había traducido con el "profesor" Triana. (Un argentino)—dice,— equivocadamente, Hudson en un paréntesis.

La verdad es que esta primera versión del señor Restrepo sirvió de base, muchos años después, para la edición de "El Ombú" que hizo el Consejo Nacional de Educación al dársele el nombre de Hudson a una escuela de esta capital. Entretanto, el ejemplo de los señores Doello Jurado y Restrepo halló repetidos ecos. En 1924, un discípulo del primero, Julio Irazusta, publicó en estas mismas columnas una traducción de "El caballo y el hombre", uno de los últimos capítulos de "Un Naturalista en el Plata". El mismo año "La Nación" ofrece un sentido artículo de un compatriota del segundo, D. Baldomero Sanín Cano, quien no tarda en recogerlo en "La Civilización Manual". Tras de este artículo, el mismo diario publica en folletín "La Tierra Purpúrea" (que en seguida salió en volumen) y "allá lejos" (que aun lo espera), traducidos por D. Eduardo Hillman, que a fines de 1928 ofrece directamente en libro una traducción más discutible de "El Ombú".

Pero el reconocimiento argentino de Hudson empieza realmente con la Primera Exposición Nacional del Libro. D. Augusto Rodríguez Larreta recibe el encargo de hacer la evocación de Hudson, y lo cumple en una notable conferencia que se publica asimismo en "La Nación". Al año siguiente, bajo el patrocinio de la Sociedad Ornitológica del Plata, y la adhesión de las más importantes sociedades culturales, D. Jorge Casares pronuncia, por su parte, una conferencia sobre Guillermo Enrique Hudson y su amor a los pájaros, que tras de aparecer en la revista "El Hornero", se publica en folleto con unas palabras preliminares del presidente de la Comisión Nacional de Homenaje. Entre 1929 y 1930, el profesor don Emiliano MacDonagh firma en "La Nación" y en la revista "Número" varios ensayos sobre distintos aspectos de la obra de Hudson y anuncia la publicación de un libro: "El señor Hudson de Buenos Aires". Por estos mismos años aparecen algunos otros artículos, entre los cuales sólo recuerdo con precisión uno de Horacio Quiroga.

En 1931, con motivo de la Exposición Británica, donde se exhibían todas las obras de Hudson y las acuarelas originales de las ilustra-

ciones de "Pájaros del Plata", el gobierno nacional bautiza con el nombre de Guillermo Enrique Hudson a la estación del ferrocarril Sud, que corresponde aproximadamente al lugar de su nacimiento, según las investigaciones llevadas a cabo por el doctor Fernando Pozzo, fundador, además, de una Sociedad de Amigos de Hudson en Quilmes. Durante los meses de julio a octubre del mismo año aparecen en "La Vida Literaria" las cuatro partes de un detenido estudio de los libros americanos de Hudson firmado por la malograda escritora rosarina Ana María Benito. Este estudio es recogido luego en su volumen póstumo de "Ensayos de crítica literaria".

A todos estos trabajos hay que agregar el número inicial de "Trapalanda" en el décimo aniversario de la muerte de Hudson, con el prólogo de D. Roberto B. Cunningham-Graham a la edición ilustrada de "Far Away and Long Ago", traducido por D. Oscar Cohan; mi discurso en el homenaje escolar a Hudson; y la versión de "El Cardenal" debida a D. Jorge Casares. Algunas de estas páginas, como otras de "Allá lejos" traducidas por D. Pedro Henríquez Ureña, andan ya por los textos de lectura para la escuela primaria, aunque sin indicar procedencia ni nombre de traductor. Pero la mayoría de ellas, así como algún estudio inédito, fueron coleccionados a iniciativa nuestra en un número especial del *Repertorio Americano*, que edita don Joaquín García Monge, quien por su parte, continúa recogiendo cuanto sobre o de Hudson aparece en nuestro idioma.

III

He intercalado a propósito el recuento somero de cuanto se ha hecho en nuestro idioma acerca de Hudson, sin aplicar para nada la máquina erudita de la biobibliografía, a fin de que se viera todo lo que falta hacer. En verdad, no se ha traducido hasta ahora en nuestro país un solo libro de Hudson. Fragmentos de esta o aquella obra, pero ningún libro orgánico, ni siquiera de los consagrados por entero a expresar la esencia de nuestro país. Y, sin embargo, estos últimos años fueron de verdadera fiebre editorial. Pero el mismo interés del público por la Patagonia

fué sostenido con libros inferiores y no con una versión argentina del insuperable libro de Hudson. Se ha traducido sobre el tambor y en cualquier forma la última novela de Lawrence o la penúltima de Paul Morand, pero ninguno de los primeros y definitivos libros de Hudson. Muchos lectores argentinos y sudamericanos se han visto en el caso de leer "Un naturalista en el Plata", "Días de holganza en la Patagonia" y "Mansiones verdes", en francés, cuando no en alemán . . . Lo que revela, entre otras cosas, la falta de un verdadero sentido de oportunidad — que no equivale, por cierto, a oportunismo — en nuestras llamadas empresas de cultura,—que pretenden estar al día— hasta Joyce inclusive—olvidando por completo todo lo que nos falta para alcanzar ese ideal. Pero hay que cumplir esa labor primera, no llevada a cabo en su hora, por más humilde y pedagógica que nos parezca. De lo contrario, todo lo que se construya carecerá de raíces, no será cultura, sino "snobismo". Si la generación que nos precedió no hubiera trabajado por el reconocimiento del "Martín Fierro" que dejaron de hacer los contemporáneos de Hernández, a nosotros nos hubiera tocado realizar aquella tarea, que tan excelentes frutos ha dado en nuestra literatura. El ejemplo de la obra de Hudson puede ser igualmente provechoso. Ese es el sentido de la campaña en que nos hallamos empeñados con tanto entusiasmo. Y si es cierto que por la modestia de nuestros recursos aun no hemos llegado a interesar al gran público, algunos de los mejores espíritus de nuestra país y de América empiezan a sumarse a nosotros. Así, es cada día más fácil encontrar la visión y el testimonio de Hudson en las obras de nuestros escritores. Pruebas concretas son al respecto "Radiografía de la Pampa", el extraordinario libro de Ezequiel Martínez Estrada; "El general Paz y los dos caudillajes", del poeta Luis Franco, quien antes de conocer "Un naturalista en el Plata" había coincidido con Hudson en llamar "biografías zoológicas" a su "Hijos del Llastay", y el documentado estudio sobre los aperos criollos del cuentista Justo P. Sáenz (hijo).

Fuera del país, el nombre de Hudson aparece asimismo en los

artículos de Ernesto Montenegro (quien se propone traducir "Mansiones verdes"); en las crónicas de Joaquín Edwards Bello y en los ensayos de Mariano Picón Salas, Juan Marinello y Luis Alberto Sánchez.

Pero a estos escritores les ha sido fácil, una vez descubiertas, leer las obras de Hudson en el original o en buenas traducciones. No puede hacer lo mismo el gran público. Por eso urge traducirlas a nuestro idioma en los diarios y revistas populares. Es lo que empieza a hacerse, siguiendo el ejemplo de "La Nación", pero no en la medida que quisiéramos. Es decir, en forma sistemática y empezando por las obras que más pueden interesar al público. Con todo, ya es mucho que aparezcan periódicamente capítulos de "Un naturalista en el Plata" y páginas de la "Ornitología argentina".

A esta labor no son ajenos, ciertamente D. Rómulo Zabala y D. Enrique Banchs. Es justo reconocerlo. Lo que falta es dar cohesión a todos los esfuerzos y llevarlos cuanto antes al libro. Hudson tiene una doble misión que cumplir entre nosotros. Primero, hacer auténtico el sentimiento de amor al campo, que en muchos sólo es hastío urbano cuando no apego a la retórica gauchesca. Segundo mostrar la verdadera diferencia que hay entre una obra nacida de la tierra, como un árbol, y las novelas de exportación sobre la pampa y su grandeza . . . Sólo la suma de todos los esfuerzos parciales y hasta contrarios puede hacer posible entre nosotros la tarea de poner a Hudson al alcance del público; mas para eso hace falta, ante todo, la reunión de cuantas personas han dado muestras de interesarse por la reconquista de Hudson en una junta ejecutiva, y en seguida buscar los medios para llevar a cabo el plan de trabajo que se proponga. Quizá sea posible interesar a alguna sociedad cultural para que adquiera los derechos al editor inglés y haga la publicación de las obras de Hudson aquí en forma sistemática. La "National Home Libray Foundation", de Washington, una institución privada, acaba de dar el ejemplo aleccionador, publicando entre los primeros libros de valor universal una edición económica de "Green Mansions". Es lo que hay que hacer aquí con "Allá lejos y hace mucho tiempo", "Días de holganza en la Patagonia", "Un naturalista en el Plata", etc. De otro modo, el nombre de la estación, a la calle, a la escuela, sólo tendrá significación verdadera para muy pocos. Y en Hudson hay valores permanentes capaces de interesar a todos, como que sus obras se refieren a la naturaleza y principalmente a sus moradores menos tornadizos o más fieles a ella.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO y NOTARIO

OFICINA: 50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Teléfono 4184

Apartado 338

AGENCIA

del *Repertorio* en Nueva York: G. E. Stechert & Co., Books and Periodicals, 31 E. 10th St., New York, N. Y.

Angel del Campo...

(Viene de la página 232)

pero ésta no. Don Federico Gamboa, que leyó la primera, hace grandes elogios de "Micrós" como novelista.

Nadie como él para darnos la impresión de lo mexicano. Y todo esto sin caer en lo convencional, ni en lo chocarrero, ni en lo obscuro, que son las características de nuestro llamado teatro vernáculo. Escritores nacionales como los señores Gamboa, Rabasa, Portillo y Rojas, Salado Alvarez, tienen otros méritos; pero en sus obras se siente demasiado la influencia de la cultura extranjera. En ningún momento "Micrós" está dominado por la preocupación del lenguaje. Este, para él, es un medio y no un fin. Lo que sí se propone es aprehender fragmentos palpitantes de realidad nacional. Y lo consigue. Traza con su pluma, extrayéndolos de la multitud, tipos como el asistente **Margarito Gordillo**, y los fija en el papel con pinceladas indelebles.

Observador puntualísimo de minucias, propende a las descripciones largas y a las enumeraciones. Dirá, por ejemplo: "Pues el cayado del israelita, el báculo de oro, el tridente, el tirso y el caduceo de los falsos dioses, el bastón con borlas, el de los mariscales y el de los tambores mayores, la vara del alcalde y la vara de la justicia, la pértiga del perrero, toda la familia de insignias de mando y de poder, no son otra cosa que los tatarabuelos del manatí, del junco, del nervio de toro, del rotén nudoso, del cerezo actuales". Dirá: "Pesas, votos, reniegos, tacos y otros desmanes de la lengua de hacha". Dirá: "¿Quién no ha sido padrino de algo?... ¿De un niño, de un examen, de un baño, de una bendición de perro de lanas, de una toma de hábito, de una riña en despoblado, de un faldero anónimo, de una trajinera, de un hijo de un portero, de una pareja de indios, de un reo indultado?..."

Pero aunque son interminables sus enumeraciones, no fatigan porque son exactas y pintorescas.

Su léxico es rico: minio, acrótera, asurar, atabanado, calicatas, crestomatías, tamo, ferinos, sergas, clavarios, astil, envés, tercena y muchas otras más. Pero si bien estos vocablos son poco conocidos, él los usa con tal discreción, que jamás obscurecen para nadie el sentido de lo que escribe.

Desde el punto de vista de la pureza del idioma, incurre en barbarismos típicos mejicanos, hasta cuando habla por su cuenta y a despecho de haber servido una cátedra de Lengua Castellana en la Escuela Nacional Preparatoria. Dirá alguna vez: **disímbolos** en vez de **disímiles**; **dintel** en vez de **umbral**; **entrar a** en vez de **entrar en**; **pararse** en vez de **ponerse en pie**; **ancón** en vez de **rincón**; **petaca** en vez de **baúl**; **abotargado** en vez de **abotagado**; **bizarro** en vez de **extravagante**; **violencia** en vez de **diligencia**, **prentitud** y algunos más.

Son muchas las oraciones y las frases

graciosas y originales que se encuentran en sus escritos. De un automóvil que va muy de prisa, dirá que "lleva desbocados todos sus caballos de fuerza". De un banquete: "Después de los vinos, la animación no se generaliza tanto cuanto se sargentiza". Afirma: "En los temblores de tierra, las gentes de la ciudad de México que, aterrorizadas, rezan en voz alta la Letanía, comienzan a proferir blasfemias"; "Especula la Justicia", en vez de "Speculum Justitiae" y "Ya no hay Cielo!" en vez de "Iannua Coeli!". Dice: "En un baile es posible recoger astillas de murmuración, para alimentar hogueras de celosía" (Celos). De una tortuga afirma que es un sandwich de animal. De un niño sin educación, nos cuenta que "Esa mañana ilegó al do de pecho de la mala crianza". De una pieza musical que toca con infatigable insistencia un vecino, dice: "Se la aprende uno de oído y de olfato y se impregna, se mecha, se satura, se sancocha, se empapa en la Rapsodia húngara de Liszt". De un traje mal hecho: "El saco, por la espora, tiene cordedat de chaqueta; por la solapa, pretenciones de dormán y por la manga intentos de sobrepelliz". Describe de este modo un sueño fantástico: "Valle de Josafat antes de que comience la corrida; sacuden ángeles el trono; querubenes de la Montada forman calles; cerrado aún el expendio de boletos; ensayo de trompetas del Juicio Final, en escoleta; rumor de gentío en la entrada de primera fila".

A juzgar por las citas que hace, se puede decir que fué un admirador de don Benito Pérez Galdós (1). Y se comprende así, porque ¿quién ha superado al grande escritor español, en la copia de la vida de la clase media y popular? ¿Quién ha sido más alto y más noble pintor de costumbres, que el genial autor de "Fortunata y Jacinta", de "La de Bringas" y de "Miau"?

Toda su vida fué moderación, equilibrio y coherencia. ¿No hay acaso una perfecta armonía entre ese falso nombre de "Tick-Tack", que tiene la brevedad de la oscilación de un péndulo; ese otro pseudónimo de "Micrós", que encierra la idea de pequeñez, y ese hombrecito menudo, esa carita de roedor, ese arte de miniatura?...

Para un fugaz ratoncillo, pensamos, las patas de una mesa deben de ser las columnas del templo de Luksor; y la masa de un guardarropa, ¡el Himalaya! Un ratoncillo debe de tener un concepto equivocado de las cosas vastas y una apreciación muy exacta de las cosas breves. Pues así fué "Micrós", "Microsito", "el ratoncito Micrós", que de todas estas maneras le llamaban. Cuando en sus artículos quiere abordar un tema grande, se equivoca. Recordad aquella "Semana Alegre" en que un vie-

(1) Compárense "La Pluma en el viento", de Galdós, y "Hojas y Plumas", de Angel del Campo.

jo cañón soliloquia y llega a la conclusión; de que ya no era posible en México, la guerra civil!...

Pero cuando el escritor reduce su campo de observación y comienza a hablar de lo minúsculo, entonces nos pasma a cada momento, con la revelación de un microcosmos.

Debe de haber sido casto, porque jamás habló de la mujer como de una fuente de deleite y un motivo de pecado y tortura pasional. No sintió a Eva. El amor, para él, no fué el brutal escalofrío que recorre la espalda del hombre, como una chispa eléctrica, desde la nuca al sexo. Fué más bien el temblor del alma adolescente, a la leve caricia de una pluma, de un céfiro, de un ángel; fué la facultad de soñar; fué el júbilo inocente que da en la pubertad, el presentimiento de la vida. En una palabra, para "Micrós", el amor no fué la mujer, sino la novia. No fué la realidad sino la poética ensoñación que la antecede y anuncia.

Trabajó incesantemente y mejorándose sin cesar (debe de haber escrito cerca de 500 "Semanas Alegres"), hasta el día 26 de enero de 1908, en que publicó su deliciosa "La Calle Privada". El día 2 de febrero el público echó de menos el artículo de su predilección y ocho días más tarde, precisamente el domingo 9 de febrero, "El Imparcial" comunicaba en primera plana, con gran retrato orlado de negro y palabras enfáticas de duelo, la muerte de su gran colaborador, acaecida la víspera, a las tres y media de la tarde; pues vanos habían sido los esfuerzos de los médicos don Ricardo Valle, don Francisco Alvarez, don Porfirio Parra, don Ricardo de la Cueva y don José Fernández del Castillo, que lo atendieron.

"Micrós" contaba a los admiradores por millares y a los amigos por docenas, pues como dice don Luis G. Urbina con toda exactitud: "era bueno como el pan, afable como un cura de aldea, risueño como un colegial alegre". Sin embargo, el tifo infundió el pavor en torno del cadáver y el grupo de quienes lo llevamos a Dolores, fué muy exiguo. Eran dos los carros fúnebres: uno de primera y otro de segunda (coches del tipo antiguo, que eran más pequeños que los actuales). En aquél íbamos el Capitán de Artillería don Germán de Campo, hermano del muerto, que presidía el duelo; don Francisco Fernández del Castillo, cuñado; don Alejandro Ainslie; don Manuel H. Sanjuan; los escritores españoles Segarra y Juliá; dos o tres personas más y quien estos renglones escribe. En el carro de segunda sólo iban dos mujeres del pueblo, llorando. ¿Criadas de la casa?... Tal vez, pero se dijera que personificaban a todo aquel mundo popular, que **Micrós** había pintado tantas veces con mano maestra.

La muerte de Angel del Campo a los 40 años, fué una cruel ironía del Destino, porque un ingenio, a esa edad, apenas se apercibe para dar a las Letras su más sazonados frutos.

La Exposición de Artes plásticas

Por MAX JIMENEZ

= Envío del autor. Costa Rica, y octubre del 34 =



*Bolívar
arando en el mar*

Por Emilia Prieto

El año pasado, como los muchachos, por apegos académicos, daban pie para que los atacaran, me hacían reportajes. Al periodista de mi país le es grato ver a los otros peleando: hace frecuentemente de atizador. Ahora, tengo que hacerme yo el trabajo.

Este año, estoy de acuerdo con los muchachos, o diciendo mejor, ellos están de acuerdo conmigo. Y nada, corazón, porque en las creencias de arte debe serse inflexible; no veo otra cosa en la cual pueda practicarse la honradez con mayor satisfacción propia que en el arte.

Figurad un río con corriente pero sin piedras, —esto lo digo porque para el artista de avanzada las piedras son el público—, entonces el río se hace más río.



Maestro y pupitre
Por Emilia Prieto

Arriba están los indios; forzosamente tienen que estar bien, puesto que se trata de algo sin antecedentes ni consecuencias. Un muchacho de abajo, tiene encima todo el peso brutal de la opinión pública, y mientras el indio se adorna, en el otro hay visos de martirizante.

En algunas ocasiones, y si he tenido carrera artística, el público ha estado de acuerdo conmigo y me he ruborizado, porque ese no ha sido mi oficio. Una vez Jesús se puso a decir unas cosas muy raras. La mama, que lo oía, le llamó la atención. Entonces él le dijo mi madre me sigue.

En el artista, toros estamos de acuerdo de que existe anormalidad; pues lo mejor es mostrarla. Para el equilibrio están todas las actividades restantes de la vida.

Ahora quiero nombrar, ya que se puede, a mi amigo Francisco Amighetti, tan serio en su dibujo; a Emilia Prieto, de la cual he oído decir que no se debía haber colgado en esa exposición, lo cual mucho la recomienda, —yo la colocaría a la entrada—; a Manuel de la Cruz González, meritoriamente arrepentido; a Zúñiga, acobardado; en fin, ese grupo de jóvenes rebeldes que hace pensar en la necesidad de la rebelión, en el artista, y en la prueba de que sólo los buyes jalan parejo, mucho peor con música de público.

Discurso fúnebre de Roberto G. Ingersoll ante la tumba de su hermano

= Traducción y envío de Constantino Salas =

Amigos:

Voy a hacer lo que el fallecido prometió hacer por mí.

El amado y amante hermano, esposo, padre, amigo, ha muerto allí cuando la mañana del hombre toca casi al mediodía, y mientras que las sombras caen hacia el occidente.

No había pasado aún, en el camino de la vida, la piedra que marca su punto más alto, sino que, sintiéndose cansado por un momento, se acostó a la vera de la senda, y usando su carga como una almohada, cayó en aquel sueño sin sueños que aun besa sus párpados dormidos; mientras que enamorado de la vida todavía y fascinado con el mundo, se ha tornado en patético polvo y en silencio.

Y sin embargo, después de todo, será mejor así —que en medio de la hora

más brillante y más feliz del viaje, en tanto que solícitos y ansiosos vientos besan cada vela, estrellarse contra la roca invisible, y en un instante oír el rugido de las olas sobre el barco hundido. Porque ya sea en la mitad del mar, o

entre los arrecifes de distante playa, un naufragio marcará, en último término, el fin de todos y cada uno de nosotros. Y toda vida, no importa cómo cada una de sus horas sea rica en amor, y cada momento sea joyel de dicha, se cambiará, cuando toque a su fin, en una tragedia tan triste, tan profunda y tan oscura, como es posible tejerla con los encontrados hilos del misterio y de la muerte.

Este hombre, bravo y gentil, fué roble y roca en todas las tempestades de la vida; pero en las horas de calma y de luz fué vino y flor. Fué el amigo de todas las almas heroicas. Subió a la cumbre, dejando allá abajo todas las supersticiones, mientras que cayó en su frente el dorado amanecer de un día mejor.

Amó lo bello, y el color, la música y la forma le emocionaban hasta hacerle derramar lágrimas. Luchó por el débil, por el pobre y por el que fué víctima de la injusticia, y dió limosnas con manos de amor. Con leal corazón y ma-

HA APARECIDO

¿A DONDE VA LA MUJER?

por AMANDA LABARCA H.

Válor del ejemplar: 75 céntimos oro americano

Solicitarlo a EMPRESA LETRAS,
Casilla número 3327. SANTIAGO DE CHILE

Pedidos de más de diez ejemplares recibirán
un descuento de veinte por ciento

nos puras manejó y cumplió los cargos públicos que le fueron confiados.

Adoró la libertad y fué amigo del oprimido. Miles de veces le oí decir "Para la Justicia, todos los lugares, y verano, todas las estaciones". Fué su credo que la felicidad es el único bien; la razón la única antorcha; la justicia el único culto; la humanidad la única religión y el amor el único sacerdote.

Contribuyó al caudal de la humana dicha, y si cada uno de aquellos a quienes sirvió con amor trajera una flor a

su tumba, dormiría esta noche bajo una selva de flores.

La vida es un estrecho valle encerrado entre los fríos y escarpados picos de dos eternidades. En vano, tratamos de mirar más allá de sus alturas. Elevamos nuestros clamores y sólo el eco contesta a nuestras lamentaciones. De los labios sin voz de los muertos que no nos responden no viene palabra; pero en la noche de la muerte ve una luz la esperanza, y el amor que escucha oye el rozar de un ala.

El que duerme aquí, al morir, equi-

vocando los pasos próximos de la muerte por el retorno de la salud, murmuró con su último aliento: "Ya estoy mejor". Creámoslo así, que a pesar de dudas y dogmas y lágrimas, esas palabras queridas sean verdad en el número incontable de los muertos.

Y ahora a vosotros, los que habéis sido elegidos de entre los tantos que el amó, para cumplir con los últimos, tristes deberes para el que ha partido, os entregamos sus restos sagrados.

Nueva York, agosto 19 de 1934.

Hay una roca vertical, labrada, a triángulos en lajas de pizarra.

Al pie, el río, desaguando mudo, dobla a la inversa la altitud de la roca.

Caen chorros de lo alto que se pulverizan en lluvia menudita.

La humedad pone en las grietas vegetación de helechos gigantescos.

Alguna vez, una laja desprendida corta el soliloquio del agua, y entonces huyen espantados los garrobos.

El río es como una ternura echada en el fondo del precipicio.

Frente al peñasco estaba la "saca" de Ramón Jiménez.

—¡Qué negocio más riata!

El aguardiente destilaba en hilitos y se iban llenando las garrafas.

—¡Chepe! Tré más leña.

La tarde empezaba a tirar serpentina bajo la niebla de los chorros.

—¡Qué negocio más riata!

—Pero arriesgao.

—¡Qué va! Aquí no llegue'l resguardo.

—Pos quin sabe...

Y una tarde cualquiera llegó el resguardo. Eran muchos hombres a caballo. Cayeron como una plaga de langostas y se llevaron el alambique, las garrafas, y se llevaron también a Ramón Jiménez con las manos atadas.

Pasó mucho tiempo y otra tarde cualquiera Ramón Jiménez volvió al lugar.

Una hora río abajo de donde estuvo la saca, Ramón empezó de nuevo a destilar aguardiente clandestino.

El contrabandista se frotaba las manos.

—¡Don Ramón, aí viene un hombre por la ladera!

—Espí quién es.

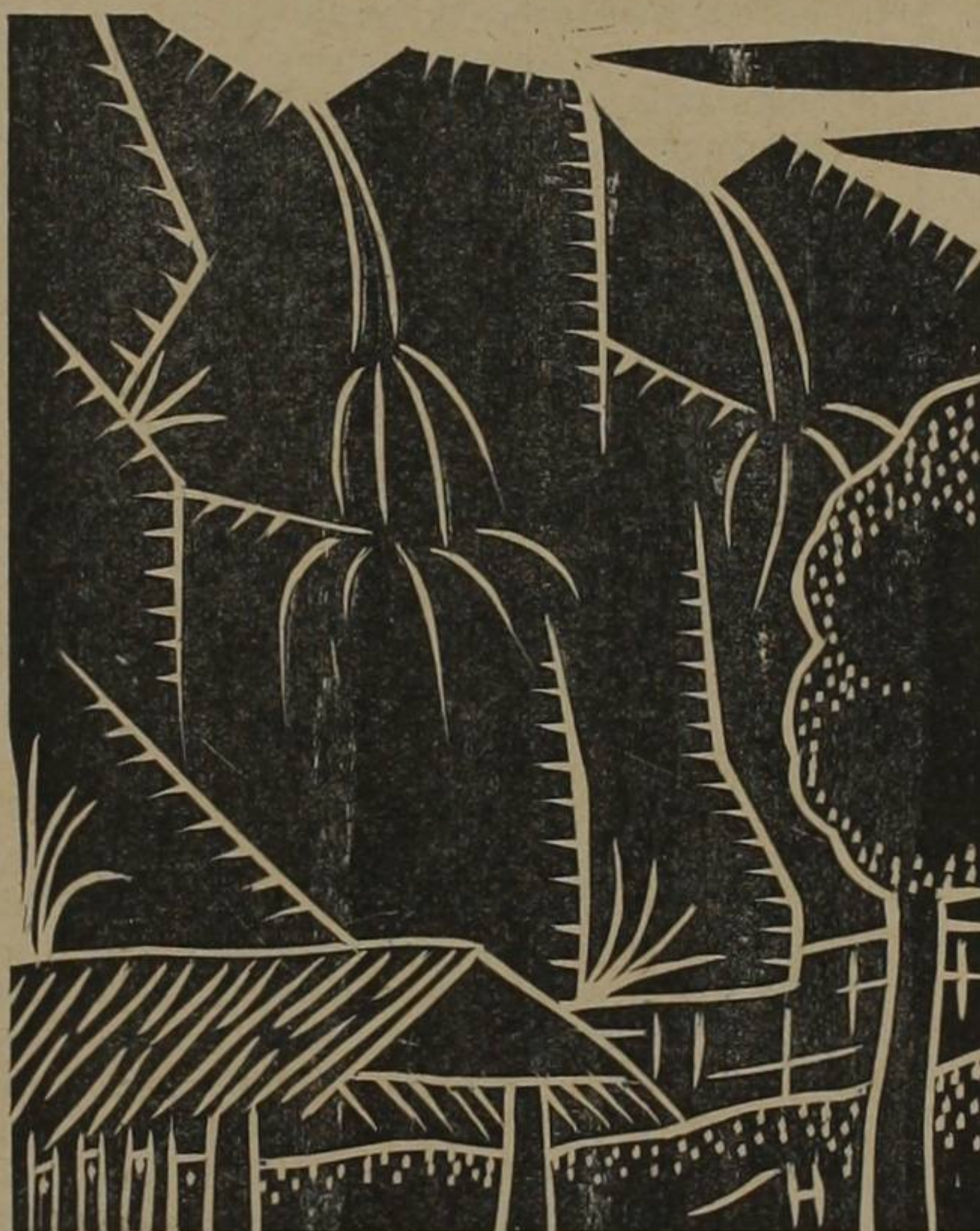
Chepe se ccultó subiendo entre el charral. Luego bajó.

En la saca

(Cuento)

Por CARLOS M. SALAZAR HERRERA

= Colaboración. Costa Rica, 17 octubre del 34 =



Madera de Salazar Herrera

—Es Pedro Rojas.

—Miasustastes.

Pedro Rojas entró al galerón de la nueva saca.

—¡Hola, Pedro! ¿Idiay, que t'icistes que nu has venio más enantes?

—¡Qui'hay Ramón!, pos hay siempre volando pala onde ñor Joaquín.

—¿Y Rosa? ¿Y Teresa? ¿Y los chacalines?

—Pos ai bien, ¿Y vos?

—Pos aqui siempre con este confisgao negocio que no da pa sustos. ¡Idiay!, ¿pos no supistes que me cayu'el resguardo? Es lo pior ser uno confiao... ¿Querés un trago? Es guaro'e cabeza, toavía está tibio. Está p'almadiar al mas juerte.

Pedro tomó la j'cara y la vació de un trago.

—¿Qué tal está?

—Como pa paladialo.

Dos palomas moradas volando bajo, aspiraron el olorcillo y tornaron a pasar después.

El río desaguaba mudo, haciendo azulejos.

—Mbré... Ramón...

Ramón ponía leños en el fuego.

—Mbré... Ramón... — volvió a musitar Pedro — ¡Yo juí el que te denuncié a l'autoridá!

—¿Vos?... No Pedro, no juites vos, primero dudo si juí yo mesmo.

—Pos como l'ollís, necesitaba plata, y no hallaba d'ionde cogela.

Ramón se sonó la nariz y hechó un salivazo en el río.

Las frases fueron saliendo a pedazos. Lentas. Crudas.

—¿Pa qué me lo venís a contar?

Una rana de colores se zambulló en el agua.

—¿Pa qué me lo venís a contar?

Pedro inclinó la cabezota que era una talla en granito.

—Es que la consencia... m'está jodiendo.

Romance en flor de provincia

= Envío de Marta Paz. México., D. F., 1934 =

Te iba llevando al acaso
la mañanita nublada;
bajo tu luz,—flor de nieblas—
la noche se desnudaba...

Eras como blanca flor
pronunciada en lengua maya;
¡silencio de ocho sonidos
abierto a la flor del alba!

Recuerdas? Rojo y rubí,
rojo de grana y granada;
lavó su sol para ti
la mañanita nublada.

Gota a gota al sol surgiste
más linda y fresca y más rubia,
como un listón de arco iris
en fuentes de agua de lluvia.

Como en mayo el flamboyán,
—nido de rojas espumas—

floreaban con llamas rojas
las conchitas de tus uñas.

¡Ah, flor de tu risa fresca
cortada en tajadas finas,
que abierta a la flor del beso
resume en jugo de limas!...

Ah!, flor de tu risa clara
cortada en silencios blancos,
como luna a flor de espigas
sobre el surco de los campos.

Ah!, flor de tu risa alegre
cortada a cuchillo grande:
¡por ella floreció la aurora
con amapolas de sangre!...

Te iba llevando al acaso
la mañanita nublada,
y te sumaste a mi fuente
como un chorro de agua clara...

Emilio Cisneros Canto

La copa estrecha

Por JORGE ZALAMEA

= De El Tiempo. Bogotá =

En América el varón madruga; cuando alza tres palmos del suelo, hace de su prima o su vecina la primera novia — las más de las veces estimulado por la perversión idiota de la familia — y empieza el bachillerato llevando al internado con la muda de ropa los retratos de dos o tres gánpiras que aun no aprendieran a hacer pipí solas cuando ya se habían cortado más de dos mechones de pelo para regalo de sus "novios". No vamos a exagerar la importancia de ésta que un psicoanalista llamaría "presexualidad infantil"; cada edad tiene sus indecencias que la siguiente etapa borra y acaso muchas de ellas sean necesarias. Lo malo es que en nuestro caso, esa "presexualidad" se vió envuelta — por obra y gracia de la familia, el ambiente y la educación — de un "prerromanticismo" en que sería por demás difícil discernir la parte de Dios, la del diablo y la del hombre. Y lo cierto es que el mocito, iniciándose ya en las tablas de logaritmos y sabiéndose de corrido las listas de los reyes europeos, amanece a la vida de los sentidos con el corazón arrugado como una nuez, habiendo tenido embriaguez de lágrimas por amor de Julietas mocosas a las que sobara al amparo de la alcahuetería estólida de familias reblandecidas. Y como todo lo que en él hay de natural está más que hartado de "noviazgos", en cuanto el picor del deseo le desembaraza los riñones de la túnica pretextada, no vacila en llevar la novedad de su carne a la feria de las meretrices, dando antes un rodeo por la taberna que le acalle los últimos escrúpulos y lo invista de la calidad de macho.

¡Ay! Taberna y burdel de América que se tragan toda la avidez varonil, la primicia de las fiebres más altas, de los sueños mejores, de las pasiones más calientes, y las expelen luego, marcadas ya para siempre de resentimiento, desesperanza e ironía canalla! Letrinas alimentadas con lo mejor de la vida, desagüeros en que la juventud va a esconder — como si se tratase de criminales abortos — la flor de su varonía y el primer intento de abrazar el mundo contra su corazón rojo y voraz!

Claro que el burdel y la taberna no son privativos de América ni invención suya; pero no es menos cierto que en parte alguna del mundo se abren tan pronto al mocito ni viven rodeados de esa atmósfera de masculinidad que los descara por cuanto trata como de redimir su hediondez con un relente de hazaña. Ni en parte alguna son — como en América — tenebrosos campos de batalla en que el adolescente busca venganza de su infancia y redención de los humos con que el romanticismo blando y pernicioso del ambiente lo cegara.

Pero agreguemos algo más: que mientras el doncel deja de serlo entre hipos de borrachera y adquiere "conocimientos de la vida" bajo sábanas dudosas, la religión, la familia y el ambiente le van creando un concepto y sentimiento del honor que quieren hacerlo caballero a medida que, en realidad, se apena de toda caballerosidad viva. Y como ese concepto y senti-

miento del honor le compensan — siquiera sea ficticiamente — la sensación oscura de su irremediable caída, viene a suceder que se descargue de su pecado realizando las exigencias y altiveces del "honor" hasta hacer de éste un artilugio que resultaría inhumano si no fuese ridículo. Y con su honor a cuestas, se da a buscar por esas tierras de Dios una mujer que se encargue de guardarlo, que acomode su vida a tal monstruosidad, que nutra y limpie a semejante engendro. Conseguída la víctima, el primer cuidado del arrepentido sin saberlo es ocultar a su compañera todo lo que él cree pertenece a la hediondez de su averiada adolescencia con el horror recrudescido de su propia ignominia, cree redimirla con tal exageración de pudor y de respeto que frustra a su mujer de la sal de la vida y la deja como suspensa entre la repugnancia y la curiosidad — una curiosidad ya pervertida.

Ya lo tenemos con su "honor" encarnado, con su mujercita metida en la horma estrechísima que forjara en connivencia con el medio para hacerse la ilusión de ser un caballero. Pero como su carne no entiende de tales honores y la "perra sensualidad" quiere trozos cada vez más succulentos y especiales, el caballero hierte junto a la frialdad de su honor y cuando no apaga sus llamas volviendo al burdel de la adolescencia, suele estallar en iracundias o en atrasadas hambres que ponen a vacilar la techumbre de su hogar o lo arrasan en un incendio tanto más espantable cuanto más escondida su causa. Ay! hogar de América que todos vimos en ruinas y cuya desolación pusimos en la cuenta de la revolución, del papel moneda o de los viajes a Europa, cuando lo cierto es que la chispa que promoviera su desastre no era otra que el santo ardor contenido en los riñones de una raza que no tenía cuarenta siglos de historia que justificasen el concepto del amor, del honor y del pecado que artificialmente le injertaran! Tal vez los misioneros españoles del siglo XVI no pensaron que si las aguas bautismales se sobraban para hacer de un

idólatra dechado de catolicismo, carecían en cambio de poder bastante para infundir en un sexo inocente y nuevo la sabiduría serpentina que entrañaban los mitos orientales y occidentales, la teorías platónicas, la Divina Concepción, el petrarquismo, las cortes insaurianas; y aun habría que agregar, ya en otra cuenta, la Citerea dieciochesca, la deshumanización romántica y el sucio matriarcado saxoamericano. En tal laberinto, al indio blanqueado de América le sucede lo que a aquella campesina de nuestra tierra que, llevada por sus señores a Europa, se desesperaba a la vuelta de dos semanas por no encontrar "a su Dios" en las catedrales e iglesias del Viejo Mundo. ¡Y cómo iba a encontrarlo la infeliz!

Si, algo hay en América que no marcha al compás con la sangre de su juventud o algo que falta para recogerla dignamente cuando la generosidad de su hervor la levanta y desparrama. Acaso a la mezcla de razas que la habita no convenga la cultura, la religión, la organización social o política, los usos y vestidos — ¡qué sabemos! — que le impusieron sus conquistadores, pues si todo ello le viniera a la medida, ¿por qué no cabe en tan variados y hasta suntuosos vasos el hervor de su sangre? Si todo es ya suyo en verdad, ¿de dónde le viene esa comezón, ese desasosiego, ese rencor que hacen del americano un eterno ausente de sí mismo y de su patria? Hablan del pueblo judío como del pueblo errante por excelencia, pues qué decir de este continente nuestro cuya vida se va en hacer las maletas para Europa para no importa dónde, con tal que sea fuera de América?

Criado de dos señores, el americano se desvive por servirles a todo contentamiento y muere sin lograr complacer ni a uno ni a otro. Ausente de su tierra, le acongoja la nostalgia y le desfigura el mundo extranjero la tendencia a verlo en relación con el propio y su incapacidad de verte sin reservas en el alma ajena; presente, siente su existencia disminuida en razón a la desproporción que separa su tierra de Europa y, no sabiendo cómo solucionar el conflicto, acaba por colgar su vida como un ex-voto en el altar de la afectación.

En países menos cosegados que el de

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Contabilidad BURROUGHS (Burroughs Adding Machine Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Co.)

Maquinaria en General (James M. Montley, New York)

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Clara Leonor, la insatisfacción profunda de América prende también las hogueras de la revolución. So pretexto de ideas políticas o al socaire de ambiciones de mando, el hombre que no puede, que no sabe realizarse a sí mismo, transforma su auto-resentimiento en odio por la semejanza humana y se da a la matanza, embriagado de asco, movido por una repulsión incontinente que, por los caminos más fríos y oscuros, va, ciega y segura, a resolverse en la más espantable crueldad contra el sexo. Los órganos nuevos, paradisíacos por su candidez y por el lujo de sus apetencias, esos órganos que no hallarán acomodo en los marcos morales y espirituales que sirven de adorno, a la par que de excusa, a la virilidad decrepita de Europa, se ven castigados de repente con una sevicia, con un rencor y un lujo de imaginación que sólo una gran veneración agritada y con-

vertida en vergüenza puede sacar a relucir. Mueren entonces los hombres colgados de los testículos, convertida la fuente seminal en surtidor de sangre, abierta en canal su virilidad o sarcásticamente injertada en la boca moribunda, y saltan en torno a su agonía y a la roja flor de las violaciones los llaneros de Boves, los mazorqueros de Rosas, los maricones del Perú, los villistas de Méjico, los rotos de Chile, los Juanchos del Tolima, los Culebrones de Ambalema... Curioso: las guerras en que fuera menor la participación de la crueldad y menos turbio el peso sexual, fueron las bolivarianas. Acaso porque la muerte que daban los soldados del General, se veía compensada por el trajín sano y generoso de su bragueta: la más exigente, la más natural, la más rotunda de cuantas braguetas cargan virilidad en tierras del continente.

Londres, mayo de 1934.

su lugar. Lo que no se dice es cómo delante se las arregla el bicho para apartar al nene de su madre, ni en qué forma verifica la lactación; porque es el caso que existe una imposibilidad física para que una víbora realice este acto, y es que la succión exige tener labios flexibles, cosa que ningún ofidio del mundo tiene. Dicho de otro modo, una víbora no puede chupar. Lo mismo se puede decir cuando se trata de una vaca. A lo sumo, el reptil podría agarrar la ubre con los dientes y dejar que la leche, por su propio peso, le fuera cayendo al estómago, pero si una vaca se inquieta al simple contacto de una mosca con su piel, ¿qué no haría al sentir en la ubre los afilados dientes de la víbora, hincándole con otras tantas agujas? Es algo que la lógica más sencilla impide admitir, lo cual no obsta para que en todos los países del mundo se repita la historia del niño que se vió encanijado porque una culebra le robaba la leche materna.

Por fortuna, todas estas fábulas son inofensivas; pero hay otras creencias populares que pueden tener terribles resultados, como la que existe en muchas partes, de que la mordedura de las víboras venenosas se cura bebiendo aguardiente o whisky hasta emborracharse. He leído este disparate hasta en un moderno tratado de zoología, y para más, destinado a las escuelas. En Europa existen víboras venenosas cuya ponzoña, poco mortífera, a una persona sana no le ocasiona más que fiebre intensa y algunos otros trastornos por el estilo, pero no la muerte. Claro está que si la persona mordida toma aguardiente o cualquier otra bebida alcohólica, no muere, pero tampoco muere si no lo toma. Ahora bien, sería espantoso aplicar el supuesto remedio en el caso de serpientes de mordedura mortal, porque con ello, lo único que se conseguiría, sería evitar la aplicación del verdadero remedio y condenar a muerte a un infeliz que hubiera podido salvarse.

Créalo el lector: cuando se anda por lugares donde hay víboras lo único seguro es llevar botas o unos borceguíes bien fuertes (el setenta y cinco por ciento de las mordeduras son en los pies o las piernas) y, por si acaso, procurar no alejarse demasiado de donde se pueda encontrar en cualquier momento suero antiofídico. No existe ni otra preocupación ni otro remedio, diga lo que quiera la voz popular.

Angel Cabrera

Jefe de la sección paleontológica del Museo de La Plata

LA COLOMBIANA

SASTRERIA DE

F. A. GOMEZ

Le ofrece Vestidos de Casimir de primera clase

₡ 1.25 ₡ 2.50 ₡ 10.00

ABONOS SEMANALES o MENSUALES

y al contado. — Precio y trabajo que no admiten competencia. Acabamos de recibir un surtido de casimires en estilos modernos. Atendido por su propietario que es lo más competente en el ramo.

Teléfono 3283 - Frente al Siglo Nuevo

Mentiras de víboras...

(Viene de la página siguiente)

res hindúes se reducen a "hacer danzar" a sus cobras al son de la flauta; pero ni hay tal danza, ni es cierto que las serpientes puedan ser subyugadas por la música, entre otras razones porque está científicamente probado que los ofidios son sordos, o poco menos. Lo que hay es que la cobra tiene por costumbre, cuando ve delante una persona o un animal, alzar verticalmente una parte de su cuerpo y balancearse rítmicamente de un lado a otro. Los ejemplares de los jardines zoológicos hacen lo mismo, aunque no oigan música y la flauta del encantador no tiene más objeto que encantar al público, que cree en su mágico influjo.

Tan fantástica como la historia del encantamiento de la serpiente por la música, es la de la fascinación de los demás animales por la serpiente. La escena del inocente venado o el incauto pajarillo fascinado por el reptil que va a hacerlo su víctima, se repite en numerosas novelas de aventuras y hasta en relatos de viajeros serios. Hace algunos años, en el jardín zoológico de Londres, se hizo una serie de experimentos debidamente controlados para ver qué había de verdad en ello, y el resultado dejó en bastante mal lugar a viajeros y naturalistas. En presencia de cualquier serpiente en actitud amenazadora, los animales, fuesen mamíferos o aves, permanecían indiferentes o, a lo sumo, se acercaban a ver de qué se trataba. Tal vez esta curiosidad es lo que se ha tomado por fascinación. Por excepción entre todos los animales, los monos, a

la vista de una víbora, dan vivas muestras de terror; pero sólo los monos adultos, los que se han cazado vivos en sus selvas nativas y tienen, sin duda, triste experiencia de lo que son los ofidios. Para los monos jovencitos, nacidos en jaula, éstos son únicamente objetos curiosos; a un pequeño chimpancé hasta le agradaba que le dieran víboras para jugar con ellas. En resumen, la vista de una víbora puede dejar a un animal indiferente o despertar en él miedo o curiosidad, pero no hay nada que huela a hipnotismo ni a influencia magnética.

Tal vez no hay cuento de víboras más difundido que el de la víbora lactante, es decir, la que adquiere la nefanda costumbre de buscar las mujeres que están criando o las vacas con terneros para atracarse de leche. Un señor que me escribe acerca del caso, para preguntarme si puede ser cierto, me informa sobre el "modus operandi". La astuta culebra, aprovechando el sueño de la mujer que da el seno a su hijo, sube a la cama, separa al niño, le mete la cola en la boca a modo de chupete, para entretenerlo y ocupa con toda desfachatez



Teñimos en 28 colores. Además en Negro y Blanco.

Zapatillas, Carrioles, Etc.,

puede Ud. llevarlos en el color que armonice con su vestido. Trabajamos a base del **SISTEMA "GADI"** de la casa norteamericana **The Gadi Co.**

TELEFONO No. 3736 **VICTOR CORDERO & Cía.** SAN JOSE, C. R.

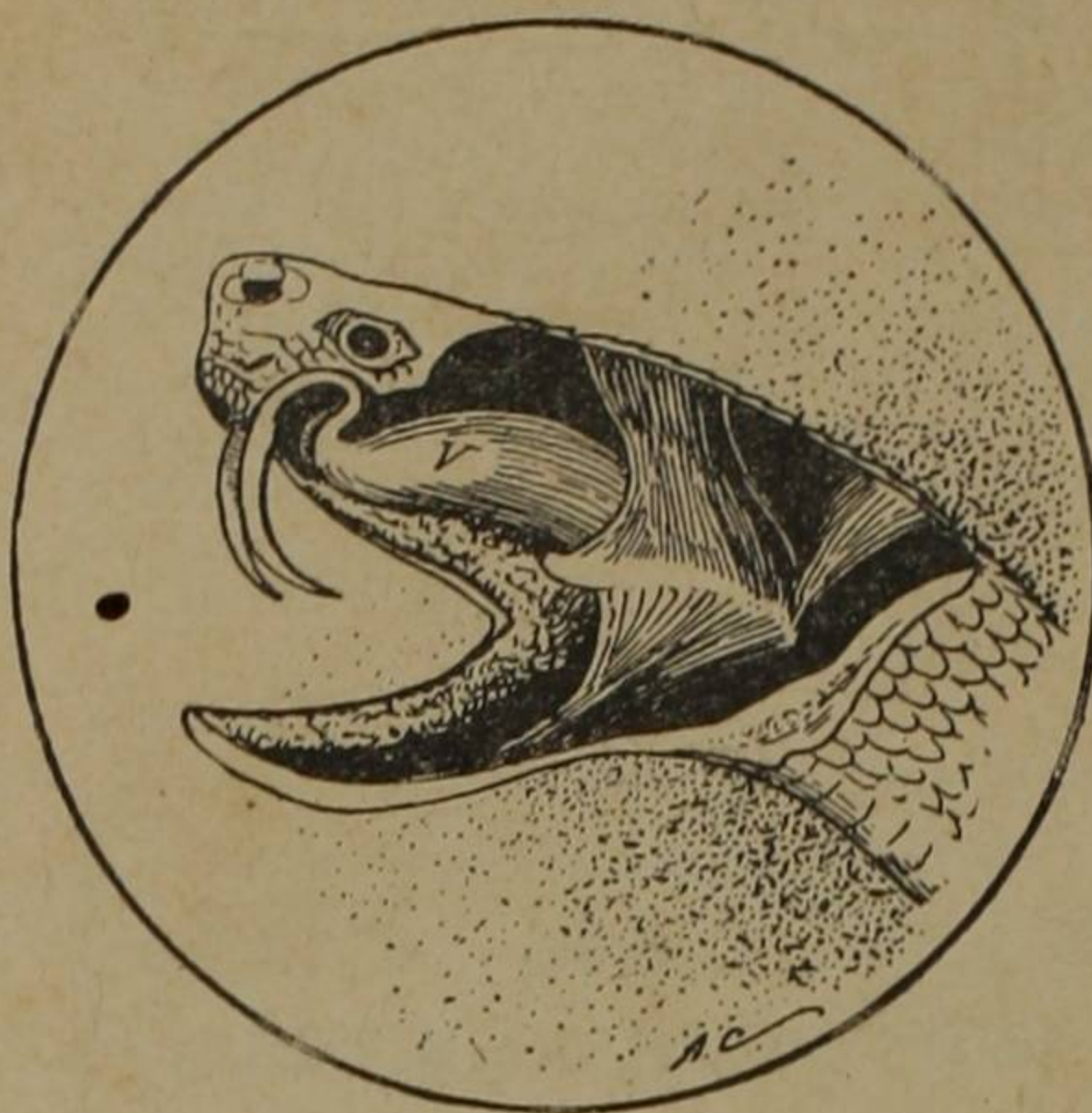
Mentiras de víboras

= De Caras y Caretas. Buenos Aires =

Uno de los más lindos cuentos de Fray Mocho, el inolvidable, es sin duda aquel en que, inspirándose en tradiciones nativas, el ilustre periodista narró con su peculiar gracejo las aventuras de la víbora y del sapo. Tiene aquel relato enorme interés folklórico, porque en él, sin alarde de erudición, se registran algunas de las preocupaciones populares más extendidas en nuestro país. Tal es, por ejemplo, la creencia de que la víbora de cascabel, cuando se baña, tiene la precaución de dejar a la orilla la bolsita del veneno, para que no se le moje.

Por extraño que parezca, personas serias y cultas, o que al menos por tales se tienen, participan de esta creencia y por nada del mundo se convencerán de que despojarse un reptil de uno de sus órganos de secreción para entrar en el agua y volver a colocárselo al salir, es algo tan imposible como lo sería para nosotros sacarnos y meternos las glándulas salivales o el páncreas cada vez que nos damos un baño. La víbora de cascabel, o cualquier otro ofidio venenoso, ni siquiera puede emitir o dejar de emitir el veneno a su capricho, porque se trata de un acto mecánico que acompaña indefectiblemente a la mordedura. Las glándulas secretoras de la ponzoña están a ambos lados de la cabeza, entre músculos especiales y comunican por un canalito o conducto con el interior de algunos dientes, que son huecos y tienen la punta perforada, como la aguja de una jeringuilla de inyección. Las víboras jamás pican con la lengua, como he oído decir a muchos de los visitantes del zoo que pasan horas enteras asomados a la baranda del serpentario; muerden con los dientes y el movimiento de la mandíbula al morder, hace que los músculos compriman las glándulas y que el líquido venenoso salga por los dientes y penetre en la herida que éstos hacen. El que la mordedura sea más o menos venenosa, depende principalmente de que el reptil lleve mucho o poco tiempo sin morder; si muerde varias veces seguidas, no hay tiempo para que se forme nueva sustancia tóxica en las glándulas.

El conde de Chateaubriand afirmaba muy seriamente que una víbora era más venenosa cuando tenía hijos, pero hay que advertir que el gran romántico tenía ideas muy extrañas acerca de estos reptiles. Nuestro Horacio Quiroga ha hecho, con espíritu de verdadero conocedor, la crítica analítica de la escena entre un crótalo y un canadiense flautista, tal como la incluyó el célebre autor francés en su **Genio del Cristianismo**. Para Chateaubriand, la víbora es un animal que "ora se pliega circularmente y vibra una lengua de fuego, ora,



Cabeza de víbora de cascabel disecada para ver la posición que ocupa en su interior la glándula del veneno (V), de la cual quiere la tradición popular que se despoje cada vez que se va a bañar.

apoyándose en la extremidad de la cola, camina perpendicularmente como por encanto; sabe arrojar, sin ser vista, cual un asesino su túnica manchada de sangre temiendo ser reconocida; compone venenos que hielan, abrasan o manchan el cuerpo de su víctima con los colores de que aparece teñida; allí levanta dos cabezas, amenazadoras; aquí hace sonar un cascabel, silba como el águila de las montañas y brama como un toro".

Cuando uno de los escritores más cultos que ha tenido Francia dijo tales enormidades, a nadie pueden extrañar las ridículas supersticiones de que las serpientes aparecen rodeadas a los ojos del vulgo de todos los países y de todos los tiempos. Entre nosotros, una de las más divulgadas es la que supone que una víbora no puede cruzar el círculo de baba que alrededor suyo, cuando está dormida, forma el sapo, por el gusto de verla morir de rabia y de hambre. Según una variante del mismo cuento el venado también disfruta de esa propiedad de cerrar el paso a las víboras con un círculo fatal. En el sur de los Estados Unidos, la gente de campo cree que se obtiene el mismo resultado con una piola hecha de crines de caballo, y hay quien no viaja sin llevar una sogá de esta clase para rodearse con ella cuando duerme en el suelo. Probablemente, todas estas creencias nacen de la costumbre que tienen la mayoría de las víboras de rodear los obstáculos que encuentran, en vez de pasar por encima; pero, por si acaso, conviene no fiarse.

En algunos países de Europa hay acerca de los ofidios más preocupaciones populares todavía que entre nosotros. En España, por ejemplo, decir víbora, culebra o serpiente, da mala suer-

te, a menos que ésta se neutralice repitiendo rápidamente: "lagarto, lagarto", o haciendo un signo cabalístico que consiste en cruzar los dedos índice y corazón de la misma mano. Los andaluces, sobre todo, jamás "mentan" al nefasto reptil; le llaman "la bicha", y así y todo cuanto menos se le nombre, mejor. He conocido personas cultísimas, verdaderas lumbreras en la política o en las letras, que consideraban casi como una ofensa personal que se hablase de víboras ante ellas, apresurándose a cambiar de conversación o a cruzar los dedos. Hay provincias donde se cree que la víbora sólo da "mala sombra" al sexo feo, siendo, en cambio, protectora de la mujer, quien tendría su enemigo en el lagarto.

Suele decirse que estas niñerías se relacionan con la maldición divina que pesa sobre la serpiente, como consecuencia del ingrato papel que le tocó desempeñar en el Paraíso Terrenal. Sabido es que a aquel episodio se debe también que los ofidios anden a la rastro; en algunas obras antiguas sobre "Physica Sacra" se ve, muy bien pintada, la serpiente antes de engañar a nuestra madre Eva, caminando con cuatro lindas patitas y después de aquella picardía arrastrándose por el suelo. Pero yo creo que lo de la "jettatura" de las víboras nada tiene que ver con la tradición bíblica, porque la misma preocupación se encuentra entre muchos pueblos paganos. Los kayanes de Borneo, por ejemplo, si ven una culebra tienen que matarla en seguida, porque si no lo hacen, la mala suerte les acompañará por todas partes. Para los musulmanes, las víboras son encarnaciones diabólicas, pero la misma opinión tienen de las tortugas, camaleones y demás reptiles; solamente los discípulos del santo S. Mahomed Ben Aisa, comúnmente llamados "aisana", pueden manejar estos bichos sin riesgo material ni espiritual. Estos aisana son los famosos encantadores de serpientes que se ve actuar en las plazas públicas de todas las ciudades del norte de Africa. Según parece, tienen procedimientos eficaces para hacer inofensivas a las serpientes más venenosas, sea arrancándoles los dientes o de alguna otra manera; pero declaro honestamente que todos los que yo he visto sólo manejaban culebras perfectamente inocuas. Sin embargo, en la India hay encantadores que exhiben cobras de la peor especie, pero nunca se hacen morder por ellas, como los aisana por sus víboras y, parece que, en previsión de cualquier accidente, saben inmunizarse mediante una serie continuada de pequeñas inoculaciones.

Las habilidades de estos encantadores
(Pasa a la página anterior)